



LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 5

Enero 2026

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

Marcos Ballester Matito

Elena Belmonte

Raquel Bordóns

Luis Cantarell Gregori

Jesús Cepeda

Jesús Cisneros

Susana Coyette Urrutxua

Carlos Diest Sánchez

Ricardo Diez Pellejero

Pedro Fajardo

Gustavo Gac-Artigas

José Ramón Guillem García

Juaco

Juan José Jurado Soto

Jesús Les

Shaída Moutón

José Manuel Pérez González

Lola Prol

Miguel de los Santos

Armando Silles McLaney

Rafael Yuste

FOTOGRAFÍAS

Julián Villar



CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Felipe Díaz Pardo

Tras el número del último mes de 2025, en el que hicimos un gozoso y positivo balance de lo hasta ese momento conseguido en los cuatro meses de vida de la revista, cabe ahora dejar el papel o la mente en blanco y seguir con la misma ilusión este 2026, a la que se unen nuevos amigos y colaboradores, los cuales harán más grande nuestra iniciativa, como estamos viendo día a día.

Las expectativas con las que nació esta propuesta se van cumpliendo, a tenor de la red de relaciones que vamos entablando, gracias a las personas que se van incorporando y a las que, con el mismo ahínco del principio, siguen con nosotros. Y eso ocurre porque todos sabemos del potencial de nuestra publicación, los que escriben y los que leen.

Y una parte importante del éxito, como venimos diciendo, proviene de ese empeño por hacer de *La torre del ojo* un producto total, dentro del ámbito cultural. No solo se convierte en una selección de textos de todos los géneros y posibilidades comunicativas, sino también en una galería de arte, debido a las magníficas ilustraciones que cada mes nos acompañan en la lectura, con total armonía.

Son estos dibujos, estampas o como queramos llamarlos, los que potencian el aspecto visual de la publicación y su riqueza y variedad, que nos esforzamos en remarcar buscando nuevas posibilidades en su presentación, cada mes. Prueba de ello es la presencia en este número de enero de las fotografías de Julián Villar, creador de una expresividad manifiesta, como nos viene demostrando desde hace mucho tiempo y de muy diversas maneras.

Sentimos que este año será el que, desde *La torre del ojo*, el horizonte creativo que queremos alcanzar se ensanche. No es solo una ilusión, como decíamos al principio, sino una realidad que venimos consiguiendo a lo largo de estos primeros cuatro meses. Y todo ello, debido a todos los que participan de este proyecto, como creadores y como lectores, que no para de crecer y mejorar.

Contenidos

Palabra de fotógrafo	<u>página 3</u>
Julián Villar	
Conocidas por un día	<u>página 4</u>
R. Kipling	
Enero – Campo a través	<u>página 6</u>
Raquel Bordóns	
Perséfone fuma	<u>página 7</u>
Elena Belmonte	
La loca de los gatos	<u>página 12</u>
Pedro Fajardo	
Tras la ventana...	<u>página 18</u>
Juaco	
Tres poemas	<u>página 19</u>
Armando Silles McLaney	
Cuatro poemas Glípticos	<u>página 21</u>
Ricardo Díez Pellejero	
Desde que no existo	<u>página 25</u>
Shaida Moutón	
Amantis (<i>Fábulas</i>)	<u>página 26</u>
Rafael Yuste Oliete	
Poemas	<u>página 27</u>
Gustavo Gac-Artigas	
Canto de amor por Chile	<u>página 30</u>
Gustavo Gac-Artigas	
La palabra herida	<u>página 32</u>
José Manuel Pérez González	
Un no lugar	<u>página 33</u>
Susana Coyette Urrutxua	
Cuando Dios se hizo tranquilo	<u>página 35</u>
Luis Cantarell Gregori	
Microrrelatos	<u>página 46</u>
Felipe Díaz Pardo	
09/100	<u>página 47</u>
Carlos Diest Sánchez	
Rutina azarosa	<u>página 56</u>
Lola Prol	
El nacimiento	<u>página 64</u>
Marcos Ballester Matito	
El violinista de Montparnasse	<u>página 65</u>
Jesús Les	
El mantra del manto	<u>página 68</u>
Fernando Martín Pescador	
La variedad del cuento literario español	<u>página 70</u>
Felipe Díaz Pardo	
La Guerra Civil en la literatura	<u>página 75</u>
José Ramón Guillem García	
Yo no vengo a decir un discurso – Gabriel García Márquez	<u>página 79</u>
Miguel de los Santos	
Americano triste busca familia	<u>página 82</u>
Fernando Martín Pescador	
Libros llenos de palabras	<u>página 85</u>
Juan José Jurado Soto	
Agenda 2025–26	<u>página 92</u>

Palabra de fotógrafo

Julián Villar♦



No es un mal comienzo de año. El año promete. Este es mi primer proyecto del 2026 y se trata de un lugar donde puedo mostrar mis fotos más personales. Aquellas que hago paseando por la vida. Cuando paro. Cuando no voy acelerado. Cuando me da tiempo a mirar y no solo a ver. Las que no muestro. Las que se quedan para mí. No porque las tenga escondidas, sino porque no encuentro el momento. No encuentro el interlocutor apropiado. No veo la conversación que puedan originar.

La fotografía, el arte en general, una conversación, un juego, una manipulación... Todo se suele generar con una intención, pero se puede interpretar de mil formas diferentes. Por lo tanto, es cosa de dos (como mínimo). Y por qué no hacerlo interesante: crear una conversación sin palabras. Para eso está el idioma universal del arte.

Hablemos de la provocación. Hay que ser consciente de que solo será provocado el que quiera serlo. Puedes provocar miedo, alegrías, llantos o risas. Asco. Incluso repulsión absoluta. Todo ante una misma situación. La diferencia: los ojos con los que miras y el cerebro con el que escuchas.

Si consigo provocar, aunque sea un poquito, el trabajo está bien hecho. Aquí merece mencionar al que, en mi opinión, es uno de los grandes provocadores de la historia: Joel Peter Witkin.

Y aquí viene la moraleja: no debemos mirar con nuestros prejuicios, sino con los ojos del artista. Debemos preguntarnos por qué. Creo que nos hará crecer como personas. Nos hará ver desde puntos de vista diferentes y entender mejor la vida.

Consume arte. Genera arte. Y aprenderás a ser cada vez más tolerante.

Con esto me despido. Ojalá hayáis tenido mejor suerte que yo en 2025, que habéis tenido un año decente. Para mí, ha sido otro año de mierda. Y con este van ya 58.

♦ **Julián Villar** es fotógrafo todoterreno.

♦ Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

♦ Atenta expectante de las sorpresas de la vida.

♦ **Elena Belmonte** es escritora y profesora de técnicas narrativas.

Desconocidas, nunca más

Conocidas por un día

R. Kipling[♦]



Hoy es el último día del año, toca mirar atrás. Aquello que nos prometimos hace un año, hoy tan solo son sueños que se desvanecen sin retorno. No pasa nada, la vida sigue y mañana juraremos en arameo que este año sí lo conseguiremos, comenzaremos por fin a ir al gimnasio, ahorraremos para ese viaje tan deseado desde hace años, me cuidaré de una vez por todas porque yo lo valgo, un sinfín de ilusiones que probablemente acabarán en un día como el de hoy, dentro de 365 días en el desván de los deseos.

Pero la vida no sigue para todos, muchos se han quedado en el camino a lo largo de estos meses. Las cifras nos marean estos días, nos anuncian la subida del IPC anual, la regularización de las pensiones, los nuevos impuestos (que se añaden a los que ya se inventaron este año), etc. Sin embargo, hay cifras muy dolorosas, datos que duelen como una herida abierta que nunca se cierra y que, por desgracia, terminamos por normalizar.

46 son las mujeres fallecidas a manos de sus parejas este año (ojo que estoy escribiendo estas páginas por la mañana y todavía hay tiempo para que un bárbaro descerebrado haga subir la cifra) y, al oír tan macabra información, hacemos un gesto de indignación, movemos un poco la cabeza y seguimos con nuestras vidas, pensando que, al fin y al cabo, son tres menos que el año pasado. Son mujeres anónimas y solo conocemos su nombre el día en que sus parejas decidieron acabar con su vida, para pasar a engrosar la terrible cifra de más de mil trescientas mujeres asesinadas desde que se tienen registros. Cada una de esas mujeres asesinadas era un manojo de ilusiones rodeada de miedo, dolor, muerte anunciada y sin embargo, no supimos defenderlas. La muerte de cada una de estas mujeres es el mayor fracaso que hemos alcanza-

[♦] Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

do como sociedad. ¿De verdad no sabemos hacerlo mejor? ¿Tienen que morir todos los años medio centenar de mujeres para decir que es una barbarie, mientras seguimos sin hacer nada que pueda evitarlo? Somos un fracaso social lo queramos o no reconocer.

38 es el número de huérfanos que dejan estas mujeres, algunos de ellos testigos directos del asesinato de sus madres. ¿Alguien puede hacerse idea de lo que van a sufrir estos niños a lo largo de sus maltrechas vidas? Cuando hablamos del asesinato de estas mujeres, olvidamos que ellas son las principales víctimas, pero hay muchas más: hijos que sufrirán trastornos emocionales graves a lo largo de toda su vida, hermanos que se sentirán culpables porque lo veían venir y nunca pensaron que llegaría a ocurrir, padres que mueren en vida porque la muerte de un hijo debe ser algo que te arranca el alma para siempre, seas o no creyente. Centenares de familiares, miles de amigos y conocidos, todos ellos marcados de por vida porque nunca entenderán la causa por la que perdieron a esa persona a la que querían.

Cuando era un crío, el maltrato a la mujer era algo habitual. Al menos eso pensaba yo al escucharlas sentadas bajo los árboles en la plaza de la Piña donde alguna mujer confesaba a las demás: «mi marido no me quiere porque ya no me pega». Aquel golpe de realidad que escuchaba un niño a finales de los sesenta encajaba cada vez menos en una sociedad que empezó a despegar con la llegada, años después, de la democracia a nuestro país. Eran tiempos donde el papel pasivo de la mujer dentro de la sociedad evolucionó hacia lo que era natural y necesario: una igualdad con sus coetáneos varones en todos los terrenos. Igualdad que a día de hoy aún no se ha conseguido, a pesar de que se han realizado cambios significativos. Pero todavía falta un gran trecho por conseguir. La lacra social de la violencia contra la mujer es algo que no hemos conseguido exterminar, y creo que las ideas puestas en marcha hasta ahora para eliminarla han sido de todo menos efectivas. Necesitamos poner en manos de personas muy valiosas, en todos los sentidos, la responsabilidad de acabar con esta situación, dejarnos de populismos, de campañas eternas que no hacen reducir ni un ápice el número de asesinadas cada año.

Para los amantes de las cifras (lo siento, soy de formación humanista pero un fan de las estadísticas), dentro de lo dolorosa que es la situación, encontramos índices como el correspondiente a Cantabria, Ceuta y Melilla, donde no ha habido un solo caso en los últimos cinco años. También, con prácticamente la misma población Andalucía y Comunidad de Madrid, con menos de un millón de habitantes de diferencia a favor de los sureños, el número de mujeres asesinadas es el doble en Andalucía, encabezando el doloroso ranking de autonomías con sesenta mujeres en este periodo de tiempo.

La pregunta obligatoria sería ¿qué pasará en el próximo año, y en el siguiente, y en los venideros?, ¿seremos capaces de eliminar este fracaso social que sacrifica a medio centenar de mujeres cada año como si de un rito ancestral se tratara? Nunca me he considerado una persona pesimista pero, en este caso concreto, creo que no vamos a hacer nada que suponga la eliminación de la violencia contra la mujer, ni tan siquiera conseguiremos una reducción importante en el número de mujeres asesinadas cada año. Este artículo podrá leerse por tanto, a finales del próximo año y las conclusiones seguirán siendo las mismas, y por desgracia, será totalmente válido.

CAMPO A TRAVÉS

Raquel Bordóns♦



¡Qué bonito empezar el año, empezar enero con una carrera campo a través! ¡Qué fácil decirlo! ¡Y qué difícil tomárselo en serio! Podemos cerrar los ojos y encontramos en ese momento de la cuenta atrás para llegar a las 0.00 del 1 de enero de cada año. Todos conocemos ese momento en España: los cuartos antes de empezar a sonar las campanadas. También existe ese "faltan cinco pa' las doce" de Colombia, versión guarachera de Aníbal Velásquez llevada a la realidad. En Inglaterra se cuentan los diez segundos antes de llegar a la doce en punto. Y en Estados Unidos, a las 23.59, empieza a caer la gigantesca bola de la torre de Times Square y tarda un minuto en el que las almas inician su cuenta atrás para llegar al momento exacto del Año Nuevo.

Podríamos decir que esos momentos son una carrera a favor del tiempo. Pero el mismo instante en que suenan las campanadas, en que la bola de Times Square toca fondo y empieza enero es cuando empieza la verdadera carrera campo a través. Una carrera campo a través es aquella carrera "realizada fuera del asfalto, en entornos naturales como montañas, bosques, desiertos o senderos rurales. Su objetivo no es solo alcanzar una meta, sino conectar con la naturaleza y desafiar las condiciones del terreno y del propio cuerpo".

El 1 de enero fue elegido como primer día del año en honor a Jano, el dios romano de los inicios y los umbrales, representado con dos rostros: uno que mira hacia atrás y otro hacia adelante. Por supuesto, eso es un símbolo del paso del tiempo. Igualmente, en ese mes del dios Jano comienza una carrera campo a través en la que cada individuo desea alcanzar una meta, o varias en la que la propia naturaleza de su persona se enfrenta a desafiar las condiciones de los 365 días restantes para alcanzar la siguiente Nochevieja con la satisfacción de quien ha superado obstáculos, ha alcanzado deseos y ha vaciado los bolsillos de piedras y los ha llenado de logros.

Con todos mis epicúreos deseos de que enero sea una maravillosa carrera campo a través hacia los más delicados placeres; venciendo los miedos ocultos y sobrevolando las dificultades, entretejiéndolas con el bello esfuerzo del que se ama a sí mismo y al mundo, se despide esta discípula de Epicuro.

♦ Atenta expectante de las sorpresas de la vida.

PERSÉFONE FUMA

Elena Belmonte[^]



LA MUJER, de unos cincuenta años, aunque con cierto aire juvenil o, en el peor de los casos, aniñado. Está sentada ante el velador de un café. Se dirigirá a un supuesto camarero, al que no vemos.

ELLA: Desde que he dejado de fumar, lo de tomarme un café es un suplicio... ¡Un café sin un cigarrillo! (*Suspira.*) Ya se lo dije a mi marido: “dejaré de fumar si quieres, pero me da que lo vas a lamentar”... Y después de decírselo, lo lamenté yo porque siempre lamento lo que digo. Tengo una larga costumbre en eso de sentirme culpable. Una “buena chica procura ser siempre complaciente...”. Y yo lo he sido, vaya si lo he sido: con mi marido, con mis amigos, con la mujer a la que le compro el pan cada mañana, con el gasolinero, con mi madre...

[^] Elena Belmonte es escritora y profesora de técnicas narrativas.

SILENCIO.

¿Sabe? Yo es que no puedo vivir sin mi madre... Si mi madre se muere, yo me muero detrás. No sé qué tiene ella, pero la necesito hasta para respirar.

SILENCIO.

Un día mi marido me dijo que yo estaba enferma y que la culpa la tenía mi madre que era una absorbente y una posesiva. Que yo era una niña eterna y que vivía en el País de Nunca Jamás como Wendy o en el inframundo como Perséfone... Es que mi marido es un hombre culto... Es un hombre inteligente, guapo, incluso divertido..., pero yo todavía no sé por qué me casé con él. (PAUSA.) Bueno, sí, me casé con él porque no quería contrariarle, me dije “pobre chico, con lo majo que es, ¿cómo voy a disgustarle diciéndole que no?... ¿quién soy yo para decirle que no a alguien?... Y luego estaba mi madre, que parecía entusiasmada con él... Y tampoco quería disgustarla... claro. Pero gustarme mi marido no es que me gustara del todo. Tenía una cabeza bastante grande y llevaba unas gafas de esas..., no sé, un poco casposas... Y esa manera engolada de hablar, como si lo supiera todo, y sus consejitos... “no deberías hacer esto”, “no deberías hacer lo otro”... ¡Y qué manía con el dinero, siempre ahorrando!... Y, a decir verdad, ya entonces era un hombre... un tanto redondeado..., no, gordo no, pero redondeado...

SILENCIO.

El caso es que dejé de fumar, ¿sabe? Y fue el principio del espanto... Primero empecé a notarme una cosa rara en el estómago, como si lo tuviera lleno de arañas, hasta que yo misma me sentía de color negro y con patas. Otro día me miré en el espejo y no supe quién era esa mujer que tenía delante. Tenía arrugas alrededor de los ojos, pero daba la impresión de llevar coletas o de estar chupando alguna piruleta o de estarse balanceando en algún columpio. Me dije a ver si voy a ser Wendy, como dice mi marido... Durante horas intenté hablar con esa mujer tan extraña que veía en el espejo, incluso le hice preguntas... ¿quién era?, ¿qué quería?, ¿qué narices le pasaba?... Lo más

curioso es que parecía tener los ojos cerrados y a base de preguntas y preguntas conseguí que medio abriera uno... Me pareció que me decía que se estaba despertando y que averiguara la historia de Perséfone... ¡Otra vez ese maldito nombre!... Pero ¿quién demonios era esa tal Perséfone?... Era un nombre horrible, como de hierro...

SILENCIO.

En fin... Ahora ya sé quién es Perséfone. Vaya si lo sé. He leído su historia millones de veces. Perséfone, la del inframundo, Perséfone, la raptada para casarse. Perséfone, separada a la fuerza de su madre... ¿Sabe que la madre de Perséfone no cejó en el empeño de recuperar a su hija? Lo intentó todo la mujer. Y al final lo consiguió. Bueno, lo consiguió a medias. Porque los dioses decidieron que Perséfone pasara temporadas con su madre y temporadas con su marido. Es decir, que la pobre Perséfone se vio dividida porque a otros les dio la gana... Decidieron su destino por ella...

SILENCIO. Sin quererlo, se le saltan un poco las lágrimas.

¡Qué chica tan tonta!... Dividirse de esa manera... ¿Por qué no cogió la maleta y se largó a hacer su vida? ¿Por qué tenía que estar complaciendo a su marido, a su madre y a los puñeteros dioses? La habían raptado, cada uno a su manera, y encima ella empeñada en quererlos... Leyendo todo aquello, no sé..., me entró una rabia tan grande que pensé que iba a reventar en pedazos, hasta me pareció que crecía y que el techo de la habitación me aplastaba la cabeza... Tuve miedo... Un miedo atroz... Y me fui a la calle y miraba a la gente y tenía la sensación de que no la había visto nunca... El mundo estaba lleno de gente y yo empeñada en no verla... Me metí en un bar y bebí hasta acabar subida en la barra, cantando, gritando “¡que le den por el culo a esos dos!”

SILENCIO LARGO.

Se preguntará que pasó después... (PAUSA.) O no, pero se lo contaré de todas formas.

SILENCIO.

... Me he convertido en la mujer más insurrecta, sediciosa, subversiva, insurgente, levantisca y rabiosa del mundo... Le he tomado el gusto a esos adjetivos, ya ve usted..., como si fueran mi bandera... Y me gustaría decir que lo hago por mí, pero no..., creo que no..., creo que, en el fondo, lo sigo haciendo por ellos dos, para incordiarles...

SILENCIO.

El memo de mi marido dice que no me soporta, y yo le digo “¿y qué?”, “¿a quién le importa?”. Le conté a mi madre que ahora me acuesto con el primero que me sale al paso y ella se puso enferma del disgusto..., su niña tan buena, convertida en una meretriz de repente, pero no me sentí culpable, por primera vez no me siento culpable... Me siento... ¡exaltada!, ¡enardecida!, ¡victoriosa!... Quién lo diría, ¿verdad?

SILENCIO.

¿Usted cree que llegará el día en que me pueda tomar un café sin fumar y sin soltarle mi rollo al camarero de turno? ¿Piensa usted que llegará el día en que seré capaz de coger la maleta y salir por la puerta y decirles adiós a esos dos? Marcharme sin mirar atrás... Ese día en que tenga una profesión, en que me mire en el espejo y la mujer del espejo tenga no uno sino los dos ojos abiertos y sea ella la que me pregunte..., la que me pregunte cuál es mi nombre... Y yo sepa contestarle...

SILENCIO LARGO. LA MUJER saca un cigarrillo, lo mira. Saca un mechero.

... No, no voy a encenderlo...

SILENCIO MUY LARGO. Sigue mirando el cigarrillo, sin llegar a encenderlo.

...Mi madre ha muerto... ¿sabe?... Y yo sigo aquí..., aquí..., aquí..., como si aún me estuviera viendo...

SILENCIO.

LA MUJER se levanta lentamente. Camina hacia el lateral y acaba por encender el cigarrillo. Se vuelve hacia donde se supone está el camarero.

... Lo siento...

SALE.

Se hace el OSCURO.



LA LOCA DE LOS GATOS

Pedro Fajardo[♥]



Empieza a sonar “Pena, penita, pena”, de Lola Flores. La acción se sitúa en un parque de una gran ciudad.

Lali viste con jersey amplio, falda que le cubre por debajo de las rodillas, calcetines de colores y zapatillas de andar por casa. Lleva también un chaleco como los que lucen los corresponsales de prensa, nota curiosa de su indumentaria. Y, debajo, un delantal con manchas de sangre. Entra abrazada a una olla exprés y llamando a un gato.

[♥] **Pedro Fajardo** ha combinado, con idéntico entusiasmo, las clases de Lengua y Literatura en Enseñanza Media con una irresistible vocación teatral, tanto como intérprete, director o pergeñando textos dramáticos, aunque esta última faceta responda más a una necesidad impuesta por las exigencias de las tablas que por la que anima a los auténticos artistas de la palabra.

LALI. — ¡Pinocho! ¡Pinocho! (*Pausa.*) Tú no te vas a dejar coger tan fácilmente como tu hermano, ¿verdad? Te hueles la tostada y no te arriesgas a salir, bribonazo. El Geppetto ha sido menos listo que tú y ya está en el cielo de los gatos... Bueno, no sé si existe un cielo gatuno... ¿No dicen que tenéis siete vidas? Pues si fuera cierto, el Geppetto ya estaría aquí otra vez y no parece que vaya a volver.

Deja la olla sobre el banco, se acerca a los matorrales y mira.

¿Ves, Pinocho? Lo que yo decía. Nada de siete vidas: una sola y vas que te mueres.

Se despoja del delantal ensangrentado e intenta eliminar con él la sangre de sus manos. Se oyen los pasos y las risas de una pareja de jóvenes. Lali se asusta y se esconde detrás del banco.

Creí que era la policía que, cuando quiere, bien que se afana en cumplir su tarea.

Se sienta y extrae del bolsillo del delantal dos frascos. Son dos viales de vidrio de inyección. Uno lo deja volcado, pues es el que ya ha utilizado con Geppetto. Coloca el otro en vertical. Extrae también una jeringuilla. Y tararea “Pena, penita, pena” mientras intenta eliminar con el delantal la sangre de sus manos.

¿Sabes, Pinocho? Yo he salío a mi madre en lo cantarina. Ella cocinaba y cantaba, fregaba y cantaba, barría y cantaba... Hasta se murió cantando. (*Pausa.*) ¡Pobrecilla, parecía un acerico! En sus últimos días, le pinchaba en el cuello, como me dijo la médica y, amodorrada por la morfina, aún tarareaba y me repetía: “El Zurdo no es trigo limpio, aléjate de él”.

LALI canturrea el estribillo de “Pena, penita, pena” mientras extrae el líquido con la jeringuilla.

¡Ay, pena, penita, pena, pena!
Pena de mi corazón,
que me corre por las venas, pena,
con la fuerza de un ciclón.
Es lo mismo que un nublado
de tiniebla y pedernal,
es un potro desbocado
que no sabe dónde va.
Es un desierto de arena, pena,
es mi gloria en un penal.
¡Ay, penal!, ¡Ay, penal!
¡Ay, pena, penita, pena!

Se pone de rodillas para seguir buscando a Pinocho, que se resiste a salir de su escondrijo.

¡Pinocho! ¡Pinocho! ¡Ven aquí, ladrón! (*Pausa.*) ¡Nada, no hay manera! Lo hago por tu bien. Yo no voy a volver. ¿Quieres quedarte solo? Sin el Geppetto, sin comida, sin agua... ¿Y entonces qué va a ser de ti? Es mejor dormir y no despertar.

Se escuchan los gemidos de los jóvenes que están follando en un banco cercano. Lali se acerca a un lateral y anima a los jóvenes.

¡Vamos, vamos! ¡Que si hay césped crecido, se juega el partido! (*Se oye un movimiento precipitado de los jóvenes.*) ¡No, no os vayáis! (*Pausa.*) ¡Pobres! Les he jodido el polvo y, a lo mejor, era su primera vez. (*Pausa.*) ¡Ay, Pinocho, ni te imaginas cómo fue mi primera vez!

Coge el delantal y lo sostiene en sus manos mientras recuerda.

Entonces las vecinas tenían la costumbre de mandar a hacer recaos no sólo a sus hijos, sino también a los hijos de los demás. Más de una vez bajé yo las

escaleras del patio como si caminara en el aire, pero ni por esas. La Aurora era la peor porque tenía el oído más fino que tú, Pinocho. ¡Y ya es decir! ¡Qué mujer! En lugar de llamar al José Andrés desde el balcón, como hacían las demás —porque entonces todos jugábamos en la calle—, ella perseguía con un palo a su hijo hasta que conseguía encaminarle hacia el portal y meterlo en casa.

Se ríe y se frota las manos en un nuevo intento de eliminar la sangre. Toca con una mano la olla.

Ni siquiera acudes al olor del cocido como ha hecho el Geppetto. Tú eres un zorro, como lo era el señor Joaquín, que sólo quería que le hiciera yo los recaos. Y, a la vuelta, siempre me acariciaba las manos, me ponía una peseta en cada palma, me apretaba los dedos y besaba los puños. Aquello resultaba raro precisamente por lo agarrao que era el señor Joaquín. Pero ya se sabe: en el arca del avariento, el diablo yace dentro. Una tarde me invitó a entrar en su casa, me sentó sobre sus muslos, me sobó con sus dedos siempre sudorosos y me metió su asquerosa lengua de sapo hasta el galillo. “Así lo hacen los mayores”, me dijo, “y tú ya empiezas a ser una mujercita”. En esa nueva rutina, siempre añadía algunos caramelos a las dos pesetas y me advertía que aquello era un secreto de los dos y que no debía contárselo a nadie. Y no se lo conté a nadie. Miento, al cura de la iglesia del barrio cuando nos llevaron a los del colegio a tomar la ceniza. Aquel hombre me acarició también las manos y me pidió que le esperara en la sacristía mientras terminaba de confesar a mis compañeras. “Quien no te conozca que te compre”, pensé, y salí pitando no veas cómo, que cuando la borrica quiere correr, ni el borrico la puede detener.

Se queda ensimismada mirándose los calcetines caídos y los sube mientras canta y se emociona.

Si en el firmamento poder yo tuviera,
esta noche negra lo mismo que un pozo,
con un cuchillito de luna lunera
cortaría los hierros de tu calabozo.

Si yo fuera reina de la luz del día,
del viento y del mar,
cordeles de esclava yo me ceñiría
por tu libertad...

Acaricia la jeringuilla y la vuelve a depositar sobre el banco.

Con los hombres no he tenido mucha suerte, ésa es la verdad, Pinocho. Durante muchos años, si un tío intentaba tocarme, se me arqueaba el lomo y los pelos se me ponían de punta. Hasta que llegó el Zurdo, que tenía el guapo subido y me regalaba los mejores higadillos, mondongos, carrilladas... para mis gatos callejeros. Y mi madre erre que erre: "Que el ayudante del carnicero no es trigo limpio". Me colé por él y ya se sabe: el amor es el vino que más pronto se avinagra (*Pausa.*) A la chita callando, me hizo pasar las de Caín: excusas para que saliera de casa lo menos posible; un día, un grito; otro día, un insulto; otro, un insulto más fuerte, hasta que le cogió gustillo a zarandearme y después a golpearme con el puño cerrado apretando un mechero. Y desde que se ha jubilao, es todavía peor. Hazme caso, Pinocho, es mejor parar aquí...

Se escucha a lo lejos una sirena de policía. Lali coge la jeringuilla y la vuelve a depositar sobre el banco. Se remanga uno de los brazos de su jersey mientras sigue hablando.

Hace un rato estaba preparando el cocido para mañana, que es su plato favorito y, por el rabillo del ojo, le vi acercándose con el cuchillo jamonero en su mano, dispuesto a ensartarme como un pincho moruno.

Pausa. Lali abraza la olla exprés.

Por san Martín deja el cerdo de gruñir. Me he traído el arma del delito, Pinocho. Sé por las pelis que, si no encuentran el arma, no pueden acusarte de nada...

Se escucha un movimiento entre los matorrales. Lali deposita de nuevo la olla sobre el banco y se levanta. La sirena de policía se acerca. Empieza a sonar “Pena, penita, pena” en la voz de Lola Flores. Lali se sienta de espaldas al público. Coge la jeringuilla letal y, cuando se va a pinchar, se escucha el llanto de un bebé entre los matorrales. Ella lo confunde con el maullido de Pinocho. Lali abandona la jeringuilla, se agacha...

¡Pinocho! (Pausa.) ¿Qué demonios...?

Arrastra una bolsa de Mercadona en cuyo interior está el bebé envuelto en una toalla. Lo coge en brazos.

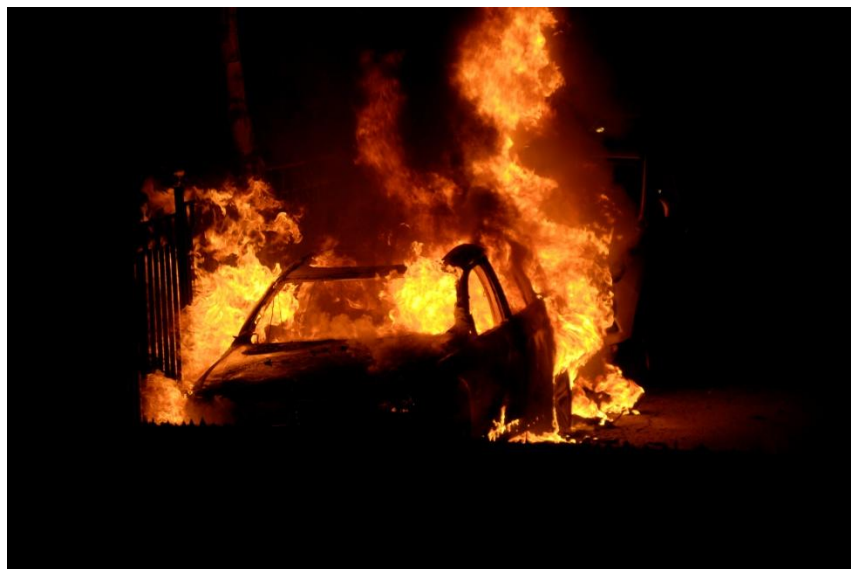
¡Criatura! ¿Para eso has venido al mundo? ¿Para que te abandonen como a un gato? Tranquilo, mi vida, tranquilo...

El bebé cesa en su llanto.

Ya no estás solo...

Sale de escena llevándose al bebé mientras sigue sonando la canción de Lola Flores.

OSCURO



Poesía

Tras la ventana...



Ya llega el invierno...
... y la soledad se adueña de tus sentidos,
de tus fríos.

Las antaño cálidas manos balbucean con sus dedos ateridos.
¿Viste aquel rayo de sol?
Pasó deprisa y no te pudo caldear ni pudo iluminar la estancia.
Apenas un destello.

Ya llega la lluvia...
... y la melancolía se instala en tus ojos,
en tu memoria.
No hay rayo de sol...

Viene la nieve...
... y el temor se adueña de tu corazón,
de tu razón.

Llega un pajarillo...
... sin apenas darte cuenta se posa en una rama,
en la punta de una incipiente yema...
¿Viste aquel rayo de sol?

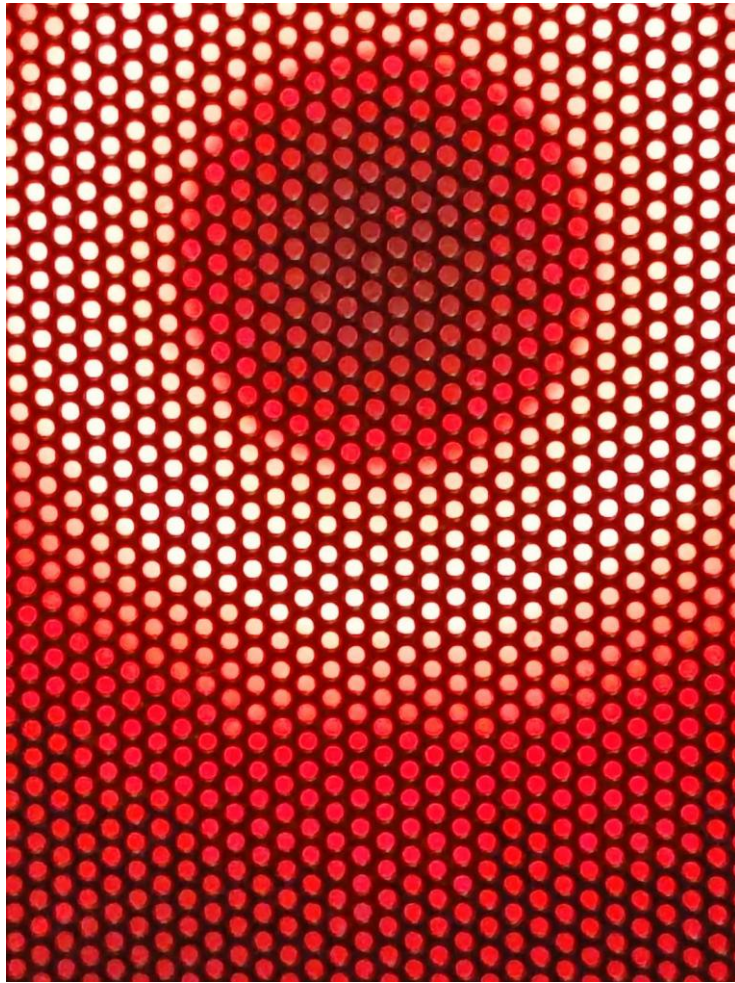
Le dio tiempo a calentar el espino,
derretir la nieve y ofrecer sus bayas.
¿Viste a la curruca y al pinzón?...

Ya llega el invierno,
cierra los ojos,
busca el rayo de Sol...

Poesía

Armando Silles McLaney*

* Joaquín Miñarro es un artista plástico, poeta y escritor.



¿QUIÉNES SOMOS, DE DÓNDE VENIMOS, Y ADÓNDE VAMOS?

Quizá es la pregunta que se haría la ameba.
Pero nosotros estamos ahora, aquí.

En el olor de mi cocina,
en el aire de los chopos,
en las palabras que dijimos,
en el recuerdo de un muerto,
en la baldosa rota del pasillo.

Y somos también, recuerdo, aroma, aire, palabras,
La baldosa rota de un camino.

QUIERO ESCRIBIR UN POEMA CADA DÍA

Cada día un poema,

* Armando Silles McLaney es poeta, profesor y agitador cultural. En 2025 ha publicado “Poesía luz me urge” / “Poezio lumo al mi urgas” / “Urge-me poesia-luz”, selección de poemas en versión trilingüe (castellano, esperanto y portugués; prologado por Suso Moinhos).

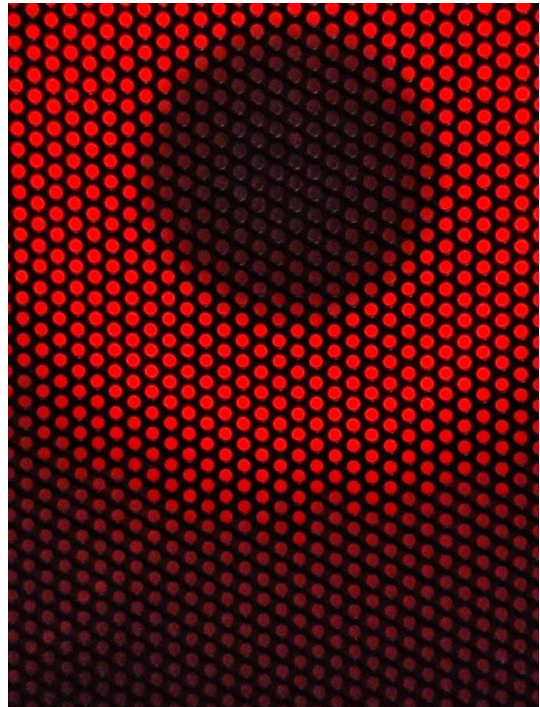
cada hora un verso,
y ser el poema,
testimonio del día.

Un resumen.
Hoy, tu mirada.
Mañana, su odio,
ayer tu decencia,
La vida varía.

Las cosas son simples,
la casa, vacía,
Los hombres son tenues,
la vida, a diario.

Resumen: eso es la vida.

Quien lo probó lo sabe.



LOS COMO SI

Como si llegara presuroso de la calle.
Como si tuviera enormes ganas de ir al baño.
Como si fuera un sediento caminante.
Como si un adicto busca su dosis.

Como si la mariposa volara hasta el ocaso.
Como si una revolución estallara, social.
Como si un suelo recogiera un desmayado.
Como si fueses justamente tan real como eres.

Así yo, con ganas de ti.

Poesía

CUATRO POEMAS GLÍPTICOS

UNA CASA TALLADA PARA ÁNGEL

Tu partida inauguró una eternidad
en la memoria y un vacío
naciente en las pupilas y en el pecho ya exánime

Esa perpetuidad sostenemos
frente a la puerta minúscula e imposible
que talló Calero para que tu alma salga
al solanar donde declina y se eleva hacia el Moncayo
un sol
la palabra “POETA”
al acercarme la leo
y suena tu nombre

Qué prodigio pródigo fue la vida
qué amarillo veteando el ventanal
en el lacrimal alabastrino

Inclino blanca la nuca
hacia la muerte alba y en mis labios
queda callado un “nunca” para siempre
porque hemos empezado una eternidad
que se sostiene sola
sobre el silencio que pronuncias
mientras caminamos aún sobre tus poemas

LOS LIBROS DE MARINA HEREDIA

♦ **Ricardo Díez Pellejero** (Bilbao, 1971). Es autor de *Stromboli* (1999), *El viajero en la Tormenta* (2001), *El cielo del sol mecido* (Olifante, 2007), *Pornai en el Hostal Roma* (Los libros del Gato Negro, 2019), *MICTLÁN, Odas a la muerte* (Olifante, 2020) y *El silencio del colibrí* (Olifante, 2023) y del cuento *Hay un lobo en la montaña* (Prames, 2025). Es columnista y crítico literario de *Heraldo de Aragón*, colaborador de Turia, así como de otras publicaciones nacionales y dirigió la revista *Imán*. Ha sido publicado parcialmente en China, Macao, Taiwán y Bulgaria. Colaboró con la traductora Rada Panchovska adaptando su *Poseía búlgara contemporánea* (Olifante, 2021). Ha traducido la antología de Huang Fan *Cenizas de flor* (PPT, 2025), publicada en Australia como *Flower ash* (Flying Island Books, 2025).

La literatura es un extraño reloj de arena:

al principio

leyendo un poco aprendemos mucho

y más tarde

se ha de leer mucho para seguir aprendiendo un poco

Marina, acariciando un gato tan negro como sus ojos

repasa un texto nuevo aún para los nuestros

uno que ya solo leeremos impreso

cuando aprendamos a no ser tiempo

sino tan solo arena



UNA POSTERIDAD POCO CONCURRIDA

Escribo para ti
que llegarás por algún azar a perderte
hasta llegar a esta posteridad tan poco concurrida
que dejo como prueba de haber vivido
sin ruidos, sin apreturas
sin nadie que dicte un canon
sobre lo que deba ser una vida
o una voz no disimilar a la tuya
-en nada parecidas sus circunstancias-
si bien en mi corral también anidan
las golondrinas y junto a tus pies
igualmente puede acercarse
el atrevimiento de un gorrión como éste
que es alma de vuelo y arrojo al apropiarse
de la miga del pan de cada día

Escribir es retirar la cutícula
desnudar de apariencia a las palabras
mostrarlas enteras, exponer su valor absoluto
para que lo relativices con una lectura apropiadora
como el hambre del gorrión

Escribir es macerar el instante
filosofar en la fila del supermercado
ver el campo, el sudor del temporero
el sol ennegrecido por el bochorno
la lágrima por la penuria y la añoranza
la casa lejana y desprovista
y querer ser lucha
es perseverar, preservar un mundo
del que alimentarse

Escribir es salir al patio
al balcón, al banco que hay junto a tu casa
y contemplar como la nada nos rodea
por todas partes
como todo se manifiesta
en cada minúsculo vacío
y, como un gorrión osado
debemos volar con atrevimiento
para recoger apenas esta miguita
desprendida del tiempo

CON EL POEMA EN UN PUÑO

No puedo escribir un poema
porque mis gatos están maullando demandantes
y saltan insistentes a mi regazo

No puedo escribir un poema
porque mi perra requiere salir
y da vueltas nerviosamente
frente a la puerta sellada a cal y a canto

No puedo escribir un poema
porque aún no he hecho la comida
y mis hijos
que salieron a descubrir el mundo
volverán en cualquier momento
con hambre de agujero negro

No puedo escribir un poema
porque tengo que arreglar la instalación eléctrica
(el cable de algún enchufe habrá perdido aislamiento
pero eso lo descubriremos muchas horas más tarde
después de ir aislando circuitos pacientemente
y renovando elementos, por si acaso...)

No puedo escribir un poema está mañana
no, hay muchas cosas que me lo impiden:
he de mandar los papeles
que desde el Ministerio me reclaman
he de resolver muchos asuntos en la oficina
he de visitar a mi madre
llamar a otros parientes
he de cerrar los pedidos
poner la casa en orden
mantener mis escritos humedecidos
con tinta nueva, sí, pero vana...

No, hoy no puedo escribir un poema
no, al menos
mientras el mundo me reclame tan prosaicamente
y el horror de las últimas violencias
de este enorme sinsentido
tenga mi corazón aterido
en su puño

DESDE QUE NO EXISTO

Shaida Moutón[^]



Desde que vivo —otra vez—
Voy dejando poemas en cada trozo de ciudad
Y las ciudades me van descomponiendo a trozos.

Desde que vivo — otra vez—
Necesito respirar otro aire que no sea el de mi rutina
Necesito ver el cielo desde otra perspectiva

Una casa caída
Una vida vacía

Me da miedo pensar que las flores más bonitas aún no las he visto, que las historias más increíbles aún no las he escuchado y que el abrazo más puro aún no lo he sentido.

Donde queda el miedo
después de sentir tanto en el corazón
Donde quedan esas partes de mí
que he dejado a la deriva de un motor sin capitán

Desde que vivo —otra vez—
Todo lo que sabía sobre lo que era ser yo,
una noche decidió desaparecer
Y los secretos me los tuve que tragar para siempre.

Hacia dónde vas con dos pies izquierdos
sin tropezar por el andén
Hacia dónde vas cuando ya no sabes querer.

[^] **Shaida Moutón** (Madrid, 2001). Escribe desde los 14 años. En 2021 saca su primer poemario, *No a todo el mundo se le llama poesía*. Después de una operación de vida o muerte, entiende que no hay muerte sin vida, ni vida sin poesía. *Fragmentos desnudos* será su segundo poemario, donde hablará abiertamente de esta experiencia. Será publicado próximamente.

AMANTIS

Rafael Yuste Oliete[^]

Solícita, la mantis.
Devota del sexo y la comida.
La quise.
Me devoraba.
Y yo, frugal.
Me apetecía.
Fantaseaba.
Todos los juegos.
Demorar el final.
El dulce, oscuro y perezoso trago
del amor y su vacío.
Porque quién sabe cuándo,
quién sabe qué tristeza inundará
al amante bendito entre las sábanas.



[^] **Rafael Yuste Oliete** (Zaragoza, 1968) es autor de los libros de poemas *Trilogía de historia natural* (2001), *Solo cuerpo* (2023) y *Las aventuras de Juan Lázaro* (2020), y del álbum ilustrado *Silván y los árboles parlantes* (2020), además de haber publicado algunos de sus poemas y relatos en obras colectivas o publicaciones periódicas, como *La revista de Valdemoro*. Desde 2016, es el responsable editorial de Prames.

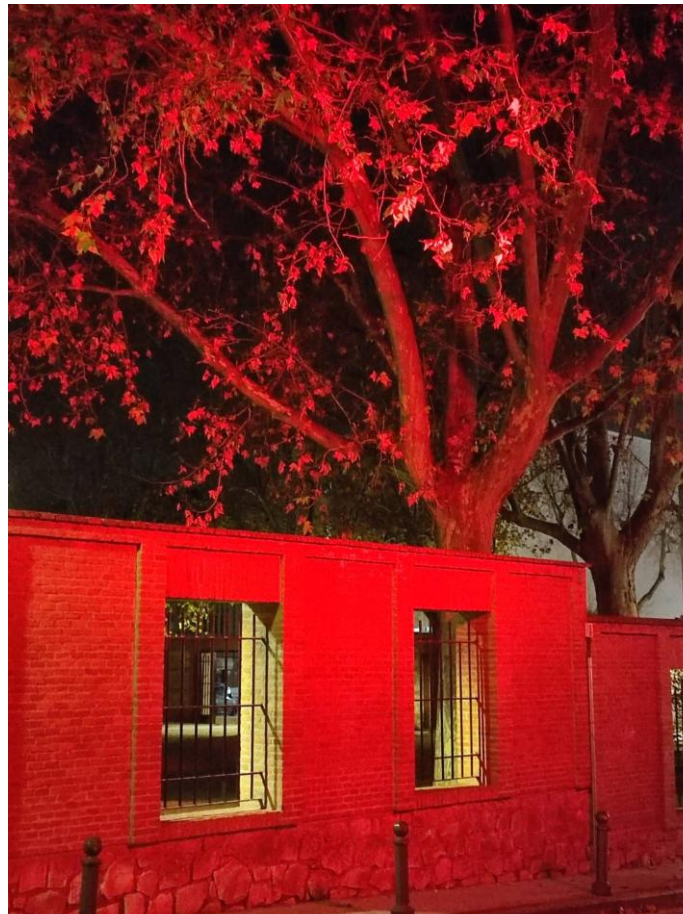
Poemas

Gustavo Gac-Artigas[▲]

Cada uno de los cinco poemas a continuación hace parte de uno de los cinco poemarios que conforman la serie *Y AÚN ARDE EL VERSO* terminada en el 2025, inédita en busca de editor.

mi país

es
un
largo
fresco
sus
paredes
pintadas
con
la
sangre
de
mi
pueblo



(de *corolario*)

[▲] **Gustavo Gac-Artigas** (1944). Poeta, dramaturgo y hombre de teatro chileno. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, del PEN Chile y del PEN America y correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE). Su obra ha sido parcialmente traducida al inglés, francés, rumano, italiano, coreano y malayo y ha sido reconocida internacionalmente con premios de: International Latino Book Award, International Book Award, American Legacy Book Award, Poetry Park International, Róterdam, Festival Internacional Mihai Eminescu y las Academias Tomitana y Universalis Poetarum, Rumania que en el 2025 le otorgaron su máximo galardón: Le Coq (Cocoșul), reproducción de la escultura de Brâncuși por su trayectoria y dimensión internacional.

vengo de muy lejos

huyendo de mi pasado
huyendo de mis recuerdos
huyendo de las cadenas que me aprisionan

el frío desolló mis dedos
el calor arrugó mi piel
la lluvia me impregnó de olor
mi ropa cayó en harapos convertida

al cruzar las aldeas
las cocinas me negaban su aroma
los asientos se negaban a cobijarme
el barro envolvía mis piernas

no quiero mirar hacia atrás
pero temo mirar hacia adelante

(de y aún queda espacio en mi mochila)

salí a caminar

y mi corazón quedó en mi tierra
fui sombra en un nuevo mundo
fui lágrima regando mi tierra

fui muerto en vida
fui vida acarreando la muerte
los gritos traspasaron el tiempo
los amores murieron enredados en las redes del tiempo

las palabras no me pertenecían
sus dueños no tenían rostro
sus miradas surgían de una vocal
sus sentimientos perecían en una coma
las palabras no eran yo
eran ellos
los despojados de historia
los desaparecidos en la historia

vienen viajando en los recuerdos
vienen viento alborotado
vienen rayos de sol agujereando las nubes
vienen a vivir en vida

mientras se acerca mi coma

(de mientras vivo mi olvido)

mis versos son semillas llevadas por el viento

a veces caen en el desierto
y conversan con los cardos secos
o se sientan a escuchar explotar las rocas
en el frío de la noche

a veces
caen en el mar,
mi amigo,
y hacen el amor con las sirenas

a veces
vientos huracanados los alejan de los hombres
y se transforman en cometas
que buscan regresar en una estrella

a veces
las más afortunadas
llegan a tus manos
y mueren al cerrarse un libro
o devorados por los ratones

estos,
mis versos que caminan en las brumas

(de y aún arde el verso)

no vivo en el mundo

vivo en mi mundo
duermo en el sueño de otros

en mis sueños caben millones

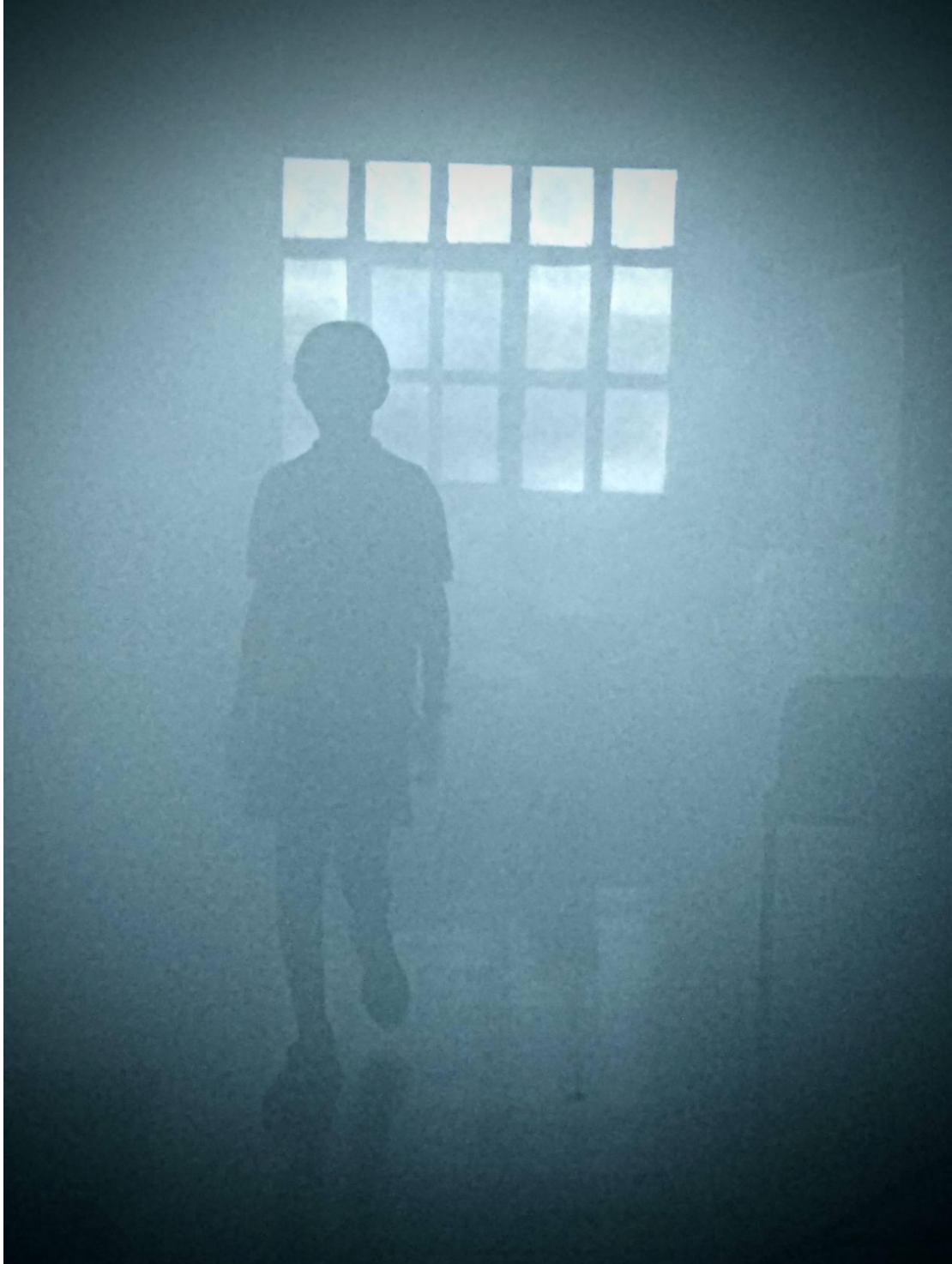
en mis pesadillas
el mundo

(de al filo de los días)

Sentimientos

Canto de amor por Chile

Gustavo Gac-Artigas



Hace 52 años se escuchó por última vez mi voz —a través de un actor— en Chuquicamata, un 10 de septiembre de 1973. Veinticuatro horas más tarde,

detenido, un soldado susurró a mis espaldas: «*Libertad, libertad*», título de la obra que estaba presentando con mi grupo, el Teatro Experimental del Cobre de la mina El Teniente.

Hasta hoy no sé si fue un gesto de solidaridad, un intento de darme fuerzas para enfrentar lo que vendría, un decirme «no estás solo». En todo caso, no fue malintencionado: no le siguieron golpes a mansalva.

Expulsado de mi país meses más tarde, gracias a la intervención de las Naciones Unidas —que me arrancó de las manos de mi torturador y de la cárcel de Rancagua—, fui enviado al exilio.

Han pasado 52 años en los cuales mi voz, la de mis nuevos actores, mis versos, se han escuchado en distintos escenarios del mundo. Versos vagando, huérfanos de tierra —no de sueños—, soñando con que algún día pudieran dirigirse a mi gente, antes de desaparecer en las olas del olvido.

Hoy regreso a mi cordillera. No a mis recuerdos. Voy en una aventura. No en busca de mis raíces, aquellas que en Temuco, Valdivia y Rancagua fueron alimentadas y en el mundo enriquecidas. Regreso, oh *libertad, libertad*, a pedir permiso para dirigirme a ti, mi querido, mi querida desconocida.

En abril de 2026—y 82 años en la vida de un poeta no son nada— pondré en tus manos un verso, una trayectoria solitaria. Nada aprendí más importante que la humildad. De todos aprendí, y me pregunto si algo entregué, si abracé, y si mi pueblo me faltó en ese abrazo.

Conocí el amor y, sin embargo, no te traicioné, mi tierra lejana, primer amor.

No sé dónde leeré mi primer poema ni si ese será el último, como lo fue aquel parlamento perdido en la cordillera: *libertad, libertad*. No visitaré los cementerios; no quiero conversar con los muertos —eso vendrá más adelante—. Escucharé el viento trayendo los versos del poeta, de la poeta.

¡Vientos de mi pueblo, traedme un poema! Rescatad los versos de Pablo de las olas, impedid que naufraguen; traed los versos de la cordillera, del valle del Elqui, aquel valle sagrado que albergó la soledad y el alma de Gabriela; bajad del cerro a la playa para entregarnos un antipoema de Nicanor en Las Cruces.

Sangre de mi pueblo, traedme los versos que nacieron en el alma de Chile. Traedme los versos universales que, desafiando la cordillera, las tormentas de nuestro océano, los vientos y las nubes, desafiando sotanas y fusiles —cantaría Violeta—, salieron de esa delgada franja de tierra que se entrega al mar, allá donde termina el mundo.

Cincuenta y dos años que me faltáis, verso y sangre, sueño y hombre.

Oh tierra mía, aquella de la cual jamás debí salir.

(Sentimientos a la ocasión de la invitación a participar en el IV Festival Internacional Vino y Poesía, Colchagua, Chile, 2026)

La palabra herida

José Manuel Pérez González♦



Fue la palabra herida, batalla hablar contigo,
el verso, un ejercicio de equilibrio precario
-poesía, voto, tentativa, relicario-
en que dije lo indecible, en que buscaba abrigo.

Con vocación de amante, tuve que ser amigo,
mas sin besos ¿de qué servía el vocabulario?
Yo me ahogaba en ti como un pez en un acuario,
mas sin abrazos, hoy poco importa lo que digo.

Estabas en mis sueños, mas tú no me soñabas,
era yo quien soñaba y arañaba las esquinas;
las cosas no existían si tú no las mirabas.

Fue nadarte un centelleo de alas cristalinas,
andarte, ver el amor moverse cuando andabas;
pasó, más anda aún el amor cuando caminas.

♦ José Manuel Pérez González ha sido profesor de instituto cuarenta años. Ha publicado unos 800 artículos de temas educativos, algunos de los cuales están recogidos en *Empezar con mal pie* (2023) y *Acabar de mala manera* (2024). Ha publicado ocho libros de poesía, reunidos en *“Obra poética (1969-2006)”*. Tiene varios poemarios inéditos, esperando ser publicados.

UN NO-LUGAR

Susana Coyette Urrutxua[^]



[^]Doctorada en Filología Hispánica, después de una vida y media dedicada a la docencia y a la escritura académica, en estos momentos aborda la escritura creativa: microrrelatos, poemas en prosa, poemas de estructura libérrima, guiones teatrales breves, reflexiones personalísimas...

La sala de espera de urgencias, a estas horas, es un microcosmos de angustia sigilosa. El reloj de pared, con su despiadado tic-tac, parece burlarse de la ansiedad que se palpa en el aire. Cada segundo se alaaaaaarga, cada minuto contiene una eternidad.

Ese tic-tac inmisericorde compite con el murmullo de voces estranguladas. Las luces fluorescentes, implacables, enfocan rostros cansados, preocupados, algunos incluso resignados. Unos miran fijamente al suelo, otros se pierden en la pantalla del móvil, otros...ni eso.

Unos metros más allá, una anciana aprieta un pañuelo entre sus manos, la mirada perdida en el vacío. Un niño corretea entre las sillas, mero aprendiz de la tensión que lo rodea.

Ella, impasible, hojea una revista de moda/corazoneo/chismorreo, ajena a vaivén de emociones que la envuelven. Una mujer se desploma en el suelo, el rostro contraído por el dolor. **Ella**, sin dudarlo, se arrodilla junto a la mujer, su revista olvidada en el suelo.

Se abre una puerta. Sale una joven embarazadísima. Mira a la anciana, y le sonrío. La anciana suelta el pañuelo, sonrío, recupera su mirada, y abraza a la joven...

Ella ya ha abandonado definitivamente su revista.

El mundo ha vuelto a recuperar el orden. Su orden. El orden natural de las cosas... Todo vuelve a la angustiosa espera. Todo vuelve a la normalidad de la angustiosa espera.



CUANDO DIOS SE HIZO TRANQUILO

Luis Cantarell Gregori [^]



Estaba Dios en uno de esos días pachuchos, sin ganas de ser descubiertos, cuando sintió un remordimiento de esos que te agarra y ya no afloja hasta verte en el suelo. El día pachucho y Dios huidizo, sin humor. De pronto había recordado al hombre. Apenas le visitaba ya (en lo bueno y en lo malo).

«Con eso del libre albedrío...», pensó.

Todo sea dicho, se encontraba mejor paseando por sus dependencias. Pero se trataba del hombre. Y el estómago empezaba a no dar tregua. Así que mandó llamar a su médico personal... Nada. Un poco mejor, eso sí.

«El hombre», pensó una vez más.

Así que se dispuso a hacerse valer. Pero ¡alto!, primero tendría que centrar su atención en un punto determinado. Buscó la llave de su biblioteca personal

[^] **Luis Cantarell Gregori** (Madrid, 1974) reside en un pueblo costero de la provincia gallega de Pontevedra. El cuarto de seis hermanos, pasé mi infancia renegando de los estudios hasta que llegó el teatro. Licenciado en Arte Dramático por la Universidad de Kent, Londres. Ese fue el lugar donde se abrió el mundo para mí, y la literatura fue ocupando el lugar que a día de hoy merece. Leo y escribo porque necesito respirar; y el teatro me ha descubierto el alma humana. Con una novela editada en 2019, a día de hoy, trato de encontrar las palabras precisas que den las puntadas finales a una segunda obra.

entre los bolsillos de su manto, los cuales terminaban por sacarle de sus casillas cuando tenía prisa. En ellos guardaba rastros de estrellas nonatas, agujeros negros, cometas ciegos sin camino y un sinfín de detalles recogidos en cada paseo Universal y en los sin rumbo, sus predilectos.

En la biblioteca halló a un ángel limpiando de manera concienzuda el polvo de los tomos incontables para ordenarlos después, y a un arcángel revisando y actualizando el número de sabios estelares. Tan abstraídos estaban que no advirtieron su llegada. Así pues, Dios decidió ojear por su cuenta. Buscaba una ciudad, o un país, alguna referencia. De pronto, ángel y arcángel advirtieron la presencia y allí acudieron.

—Busco un país, una ciudad..., algo que pueda observar.

Ambos se extrañaron ante aquello.

—En mi humilde opinión, para eso tiene a todo el orbe pendiente, mi Señor.

—Pues no noto resultados. Habrá que trabajar entonces.

—Sí, mi Señor.

El arcángel vio fallido su intento de mantenerse centrado sin que nadie lo sobresaltase, y, muy a su pesar, se puso manos a la obra con tanto trabajo aún pendiente: renovación de títulos sobrenaturales, tarjetas de recargas de poderes benéficos, desinsectación de malos pensamientos, cursos de reciclaje para sabios hastiados, aprendices torpes, impacientes... etc.

Ah, y esa clase magistral de todos los años: *Amor et Universum*¹. Sólo de pensarlo el arcángel se sentía tan pequeño.

Dios incluyó *et Universum* en el último momento sin tener muy clara la razón. Aunque quizá aquello atrajera a más escuchantes esa vez. De modo que así quedó. Lista para la impresión anticipada.

Fue el ángel quien advirtió de que Dios había pronunciado las palabras país y ciudad. Y aunque el trabajo se les facilitaba mucho así, aquello llevaría sus noches y días.

¿Por dónde empezar? Y fuera, Dios aguardando y pensando también. Tal vez sobre la manera de hablar con el hombre de nuevo.

Recordaba el manual de instrucciones que creó. ¿Qué elegir? Quizá un gesto cósmico tipo rayo o aurora boreal. Aunque esta última elección resultaría

¹ El amor y el Universo

ostentosa y poco práctica (o no). Había estudiado muy bien los espectáculos de luces que tanto le gustaban de los hombres. El suyo resultaría más efectivo y tan actual como cualquiera de ellos. Por otra parte, la lluvia le parecía hasta engorrosa; desde hace tiempo, la máquina dispensadora había fallado en algunos lugares clave. Menuda papeleta.

—Esa es la clave: busquemos un lugar con agua —apuntó Dios ¿entusiasmado? Ángel y arcángel callaron unos segundos. La solución resultaba cuando menos insólita.

En una esquina de una estrella joven, aún puntiaguda y con piel de leche, un sabio estelar de los llamados mayores enviaba agua al espacio. Dios pidió su par de lentes para ver de lejos: billones de gotitas caían sobre un pequeño terreno preñado de árboles y plantas, allá en ese lugar llamado tierra. El anciano envolvía en una ligera cápsula cada gota. Incluso parecía hablar con ellas. Un trabajo de titanes desarrollado con sumo cuidado y paciencia inimaginable.

Dios decidió acercarse. Los alados le recomendaron que lo hiciese con cuidado, no fuese a sobresaltarlo y el rumbo del líquido elemento se alterase. Y Dios así lo hizo.

—Perdona, me gustaría saber...

El regador parecía completamente en otra esfera. Dios insistió alzando un poco la voz.

—Disculpa...

Una petición tajante de silencio fue la única respuesta del sabio.

—Tenga cuidado, las puede espantar.

—Ah.

Los alados no daban fe y Dios estaba anonadado.

—Verás..., busco un país, o una ciudad, o algo a lo que prestar atención.

El sabio cesó de regar y levantó la cabeza. Miró de arriba abajo al interesado para emitir un rotundo chasquido y después continuar trabajando.

—¿Eso es todo? Ya veo.

Tras el silencio del sabio, Dios dio media vuelta desapareciendo por donde llegó.

Durante varias lunas pensó el Creador. Desde que el Universo existe, nada ni nadie lo había dejado mudo, incómodo, cabizbajo, preocupado. Salvo el hombre. ¿La verdad sería ese silencio? ¿Habría acabado esa apatía por apartarlo de lo realmente importante? Y enérgico como desde hace milenios rememoró la Creación. Ante sus ojos desfiló cada nanosegundo transcurrido. Podría haber arreglado alguno de los desaguizados de que fue testigo aventajado, evitado el nacimiento de alguno de esos personajes poco o nada deseados... y un largo etcétera. Sin embargo, algo le distanciaba de ese deseo. Y volvió a pensar en el hombre. ¿Cómo le vería?

Desde su creación, ese ser diminuto fue la espinita de Dios. Y sin poder dormir más, el Creador se dirigió a la estrella joven. Desde allí oteó un buen trozo de Universo. Todo parecía en paz. Estaba tan a gusto que apenas notó la presencia del sabio.

—Mi Señor, ¿qué hacéis aquí a estas horas?

—¿Y tú? Déjalo, no hace falta que digas nada. Bueno, estaría bien saber algo más.

—Eso no es propio de usted, discúlpeme.

—¿El venir hasta esta estrella? Te recuerdo que la creé incluso antes que a ti.

—Me refiero a que antes era usted la fuerza misma de la luz.

—¿Y...?

—Ahora tiene dudas.

—¡Dudas!, ¡vaya tontería!

—Y pregunta para que le cuenten.

Dios no sabía bien qué decir. Es cierto que no dormía con normalidad desde un tiempo atrás y los dolores de cabeza le impedían concentrarse como desearía. ¡Pero de ahí a asegurar que tenía dudas...! El caso es que sabía que las tenía. Lo cotidiano había empezado a asustarle un poco. El hombre parecía escapársele paso a paso, y ese regador nacido cuatrocientas veces por cuatrocientos siglos consecutivos parecía llevar la batuta de la calma a la que Él aspiraba.

—¿No vas a dormir?

Preguntó Dios muy interesado al regador que volvía a sus quehaceres.

—Es la hora de la vigilia, mi Señor.

—¿Puedo quedarme un rato aquí contigo? Prometo no molestar. No te enterarás. Y, por favor, no me llames Señor. Me haces viejo.

El sabio no pudo contener una sonora carcajada estomacal. Y también Dios rió al comprenderse como el comienzo de todo. Encantó tanto esa carcajada como para envolverla en papel especial para un día especial. O como un globo que pasear y soltar al final del camino. Y se gustaron de estar juntos de nuevo como padre e hijo.

Las visitas eran diarias. El JEFE, reaprendió cómo llover (había delegado durante demasiado tiempo). Suave cuando fuese posible. También cómo limpiar lo máximo posible cada gota de impurezas y tensión en una sala inmensa para el descanso del agua. Obra del sabio regador. En ella, una vez se le repónía a cada gota su energía, se pasaba a una selección por peso y grosor. Así se sabía cómo llover sobre un desierto, o sobre un bosque. Incluso sobre los mares, océanos y ríos. Llover sobre mojado.

—¿Por qué no lloviste mejor en ciertos momentos?

—No siempre he tenido la capacidad de poder elegir.

—Y el responsable soy yo. Estás diciendo eso.

La mirada del sabio bastaba para comprender, aunque el alumno estaba embebido en la teoría. Así que, guardándose el Universo de no mayores conflictos de los habituales, el maestro jardinero le propuso algo insólito:

—¿Por qué no baja?⁴

Ese era el miedo que Dios esperaba no escuchar y el sabio lo notó.

—¿Qué parte de todo lo que ve le es más querido?

Y Dios emitió el sonido de la indecisión. También el de la complacencia. Del mismo modo a cuando se contempla la paz.

—¿Una pista, tal vez?

Usó de nuevo Dios sus gafas para ver de lejos, aunque no se atrevía a confesar que se veía incapaz. Hasta que fijó su mirada en un punto de la tierra algo oculto. Muy pequeño y rodeado de sí mismo. En sí mismo un puro bosque. Jamás un verde así fue descrito con anterioridad. Parecía haber encontrado su lugar.

—¿Le gusta ese? Es uno de mis preferidos. Lo cuido casi a diario. No es bueno recargarlo. Se moriría con la mejor intención.

Dios se mostraba curioso y expectantemente.

—No veo a nadie.

—Mire un poco más hacia su izquierda.

—Sabio...

—Déjese de salidas bíblicas y haga lo que le digo, por favor.

Dios escrutó con otras gafas aún más potentes mandadas traer al arcángel de la lista de los sabios estelares, quien declinó la tarea en el pobre ángel despistado de la biblioteca. Como si no tuviese bastante con los libros. Claro, que se estaba mucho mejor junto a la pareja protagonista. Una vez tuvo las gafas, Dios acertó mucho más el sitio. Aunque por el momento a nadie se veía.

—Estará limpiando las hojas —añadió el regador.

—¿Quién? ¿Qué hojas? ¡¿Todas?!

—Usted las puso ahí.

El pupilo había envejecido de carácter.

—Mire, ahí está.

—Ya lo veo. Soy Dios, por mi amor.

—Mi Señor... déjeme decirle, lleva unos cuantos días viniendo aquí. Sabe lo que tiene que saber sobre el cuidado del agua. Entiende su ánimo y su carácter. Pero le propongo bajar a la tierra y se agarra a mis explicaciones. Nada es gratuito. Lo sabe.

Dios era desarmado de nuevo y da largos pasos como reflejo del nerviosismo que de Él se había apoderado. Mientras, el sabio esperaba. Una espera paciente que podía estar llegando a su fin.

—No sé de qué hablar.

El regador calló, Dios estaba completamente aterrado, todo calló; era él quien ahora no sabía de qué hablar. ¿Cómo se le podían haber acabado las palabras hacia el hombre? El sabio sintió una pena indecible. Y a la vez una no menor envidia. Aquel ser fue desde siempre la parte más amada por Dios. Y aunque no entendía muy bien la razón —más cuando los resultados lo evidenciaban—, su misión no era cuestionar. Ni tan siquiera pensarlo. Desde que él recuerda siempre había sido regador. Cuántas veces no había sudado para

lograr una armonía viendo cómo al final el preferido la destrozaba. Por eso había acabado por centrarse en aquella diminuta joya; el único sitio en el que el hombre estableció una simbiosis perfecta con esas lluvias consejeras.

Dios se recluyó. Empleaba el tiempo en pasear por los jardines móviles e infinitos de sus aposentos. Cabizbajo, con paso lento y algo remolón, como si no le obedeciesen sus propios impulsos. Sus ayudas de cámara aconsejaron al sabio que le dejase descansar un tiempo, pues estaba meditando sobre todo lo vivido. Así parecía habérselo comunicado de manera expresa y literal a su ayuda de cámara de mayor confianza.

El sabio decidió seguir el consejo. Se sentía desbordado.

Pero un buen día, cansado de esperar, se dirigió hasta los dominios más íntimos. Los ayudas de cámara y la comitiva estelar que aguardaban para el desayuno quedaron pasmados ante aquel sabio pequeño, pues en altura no alcanzaba lo esperado. Una vez en las habitaciones, lo agarró con fuerza y aparecieron en el borde de la estrella.

—¿Qué le pasa? No me diga que tiene vértigo.

—¿Tampoco puedo tenerlo? Vaya maestro que me he buscado.

—No se lo tome a mal. ¡Pero es usted Dios!

—Mira...

—No hace falta. Sé que no ha tomado una decisión. Tal vez sea normal. Al fin y al cabo, todos merecemos un descanso.

Dios lo miraba pasmado.

—¿Ve ese monje de ahí?

El sabio calló y Dios aguardó una continuación.

—¿Escucha eso?

El sabio mandó traer las gafas de Dios de inmediato. Necesitaba que lo escuchase. Situó al Magnífico en dirección opuesta, observando a millones de kilómetros y le pidió escrutar el vacío. Entonces surgió. En mitad de un desierto; aquella figura sentada.

—Escuche ahora.

«Mi vid mira al sur.

Quieta.

Temerosa.

El norte ha cerrado su mano de agua.
Su corazón.
Las uvas que planté son ahora amargas.
Viejas.

Ando descalzo.

Qué vino beberé.
Las manos son surcos de piedra y frío.
Qué morada hallaré.
El tiempo cabalga tan aprisa.
Las mantas son comida del viento».

—Es hora de bajar y hablar con su hijo.

Y apareció en medio del jardín. Se agazapó para no ser visto. Tampoco es que hiciese falta, pues ante el monje era completamente invisible. Escuchó una leve sonrisa. Miró hacia el cielo, pero las gafas de precisión habían quedado en la casa estrellada. «Todos estarán observando», pensó. «Un momento. Veo sin problemas», se sorprendió.

El monje anduvo alrededor; su interés se enfocaba sobre una especie diminuta y frágil cuyo aroma era el preámbulo de la desaparición: según florecía, comenzaba una muerte anunciada: los destellos de color se diluían casi por arte de magia y una punzada aromática en la punta de la nariz se dejaba intuir durante no más de dos minutos.

El polizón permaneció quieto como un niño jugando a las tinieblas. El cenobita creyó percibir algo, una fuerza desconocida. Dios lo seguía con la cabeza y recordaba cuando se inmiscuía entre la gente. Como esa llama y su leña que acunan y aconsejan.

Todo se precipita. La velocidad de la luz aumenta cien millones de veces en el interior del visitante. Choca y reverbera como asteroide camicace. El interior y exterior se van materializando como crisálida de mariposa. Dios siente los ojos volver a la niñez, pero mantiene la edad de quien jamás alguna tuvo. Y desea moverse, reaprender a jugar mediante los instintos de quien está vivo.

El monje ve moverse algo entre las hojas. No se atreve a dar un solo paso.

—Háblele ya.

Susurra con la fuerza de los temporales el sabio. Ángeles y arcángeles secundan como trombones de infantería. Una brisa se apodera de las gargantas de ambos y, de improviso se ven. Al principio el monje cree estar ante un trozo de aire sobre todo translúcido. Quizá el bochorno a veces formado por la evaporación. «Pero las plantas no acostumbran a comunicarse entre sí tan alto a esas horas», piensa el anfitrión, ignorante de todo aquello. Por su parte, Dios comienza a musitar una plegaria. Quizá porque empiece a agradecer el acto y el impulso de aquel regador.

—...

Son los únicos intentos de comenzar una conversación por ambas partes. Uno siempre más rezagado que el otro, y el segundo siempre más confuso que el anterior.

—¿Desea algo? ¿Le ha pasado algo?

Pregunta inseguro el monje en su intuición.

—¡Háblele ya!

El regador ya no sabe cómo decírselo.

—Si prefiere le dejo solo para que vea las plantas.

Esperando que así sea, pues la visita continúa sin despegar los labios, sólo observa. Y cuando da media vuelta para continuar con sus labores del día, escucha un sencillo:

—Huele muy bien.

—¿Perdón? —pregunta el monje sin tenerlo muy claro.

Allí arriba saltan todos sin excepción en una especie de locura colectiva. Los más recientes, ignorantes del caso, se unen al grupo celestial inmenso que ya prepara himnos nuevos desempolvando algunos de los olvidados milenios atrás. Y todo a petición de aquel arcángel del principio y del sabio.

De una manera involuntaria ambos cuerpos se aproximan hasta pegarse de bruces con el aire que los separaba sin saber muy bien qué hacer.

—Huelen muy bien —repite Dios.

—Claro. ¿Conoce algo sobre las plantas? Quiero decir que si...

El monje sonrío como un tonto. Está tan emocionado de que no sea un asaltante y de que le gustase aquel olor.

—No sabe el tiempo que hace que no tengo una visita como la suya. En realidad, nadie viene. No es que le conozca, pero, ¿ha venido más veces por esta zona?

Dios nota cómo el gran cinturón que amarra sus ropajes se relaja.

Los olores cobran entonces una profundidad diferente para ambos.

—Qué raro, ¿verdad?

¿A qué viene aquella expresión? Aunque el visitante siente que es buena. En el cielo más cielo, descorchan a destajo botellas de licores añejos y cuelgan toda clase de guirnaldas y felicitaciones.

—Tendría que haber sido actor.

Asegura su ayuda de cámara de mayor confianza.

—¡Es Dios!, lo dice todo sin decir.

Exclama con lágrimas en los ojos el ángel que le acercó las gafas aquella primera vez.

—Un poco de respeto a nuestro Señor.

Sentencia un Judas Iscariote reciclado mientras ambos protagonistas acceden al interior del habitáculo de escasas dimensiones.

—Si desea puede descansar antes de irse.

El lugar apenas tiene un colchón sobre el suelo, una mesa apenas para él y una silla.

—Así está bien. Y llámame de tú, me haces mayor.

Una carcajada inmensa recorre el Universo. Incluso los agujeros negros son traspasados por un eco blanco incapaces de absorber.

Pero Dios aún desconoce su forma ante los demás. ¿Cómo le verán? Y ¿cómo se verá? Por más que lo intenta, sólo alcanza a distinguir una nebulosa de pies a hombros.

—¿Te gustan?

Sin intención alguna, el visitante se ha fijado en dos macetas junto a la pared.

—Son mis dos guardesas; creo que a Dios le hará gracia: alguien crecido necesitado de protección. Perdona, qué desconsiderado, parloteo y parloteo.

Sin necesidad de más disculpas, la visita le permite aquel trato sin el cual el anfitrión se siente perdido. Y en un arranque de euforia hace lo que mejor sabe: dos tazas de barro tosco y unas hojas de caléndula y menta en su interior.

La tarde pasa muy poco a poco. De ello se encargan desde arriba. Y a resguardo se mezclan el frío de la roca y el vaho del caldero.

El monje habla sobre serpientes y sombreros gigantes que esconden hasta la totalidad del Universo. También sobre el trabajo hecho a mano y en silencio.

Aquel lugar escucha.

Sin darse cuenta, al hombre le es permitido —al menos—, intuir aquella visita. Y Dios prefiere, entonces, despedirse. Se siente algo cansado, alega; y así es.

Décadas y décadas pasan en las que el monje aguarda a la visita una vez más. Como regalo dispone de todo el tiempo del mundo para agasajarla; un tiempo entre rezo y rezo, contemplación y contemplación. Hasta que una mañana de septiembre, aún cómoda para los huesos, ya no se levanta. Y es en el último nanosegundo de su vida cuando Dios se deja averiguar. El mismo nanosegundo en el que para Dios desaparece la nebulosa propia de antaño. Y volviendo toda la historia de su encuentro hasta el principio, ve que la nebulosa desapareció tiempo antes. Escruta como científico con las nuevas gafas encargadas y el momento se le revela con aquella taza de barro tosco.

¿Puede Dios olvidar al hombre?



MICRORRELATOS

Felipe Díaz Pardo

ESTRECHECES

Siempre he odiado la ropa ajustada. Sé que es una manía, pero nunca he soportado una camisa pegada al cuerpo ni un pantalón que me apretara en la cintura y que me hiciera rebosar las carnes sobre el cinturón.

Ahora me veo aquí, teniendo que soportar los agobios de este traje, por muy elegante que sea, pero que usaba hace muchos años, cuando mi compleción corporal contaba con bastantes kilos menos.

Y, además, en un espacio tan reducido y a la vista de todos, sin que me llegue la camisa al cuerpo por lo sucedido con tan triste y cruel desenlace y sin poder protestar ante tal falta de consideración por parte de unos familiares a los que lo único que les importa de mí es la herencia.



FALTA DE ATREVIMIENTO

Intento disimularlo lo mejor que puedo cuando, cariñosamente, me coge la mano y me la nota fría. Siempre que lo hace me dice lo mismo y me pregunta si me encuentro bien.

La veo tan feliz a mi lado que no me atrevo a decirle la verdad. Esperaré a que llegue ella también a la eternidad para que lo entienda.

NOSTALCHIA

L'hombre acaba d'arribar. Con a suya maleta negra. Con o suyo chapeu lisbonés. Como asperar no le fa mica goyo, deseguida se remesccla con a chent que o saloc ha esfollanquiau dic'o parque. Los siente fablar como qui siente cayer a pluya: dende a distancia, dende o pasau siempre. No reconoixe a dengún. Ya no son els. Ni sisquiera os paixaros que fan pasas ent'o norte u as fuellas que l'aire fa bailar sobre o ciespe son os mesmos agora. Saluda educau e se'n va caricacho dimpués de comprobar que a ciudat an que fuez felices ya no existe.



NOSTALGIA

El hombre acaba de llegar. Con su maleta negra. Con su sombrero lisboeta. Como esperar no le gusta, enseguida se entremezcla con la gente a la que el jaloque ha arrastrado hasta el parque. Los oye hablar como quien oye caer la lluvia: desde la distancia, desde el pasado siempre. No reconoce a nadie. Ya no son ellos. Ni siquiera los pájaros que emigran hacia el norte o las hojas que el viento hace bailar sobre el césped son los mismos ahora. Saluda educado y se va cabizbajo tras comprobar que la ciudad donde fuisteis felices ya no existe.

* **Carlos Diest** empezó a publicar en la colección *Drume Negrita* de Zaragoza a finales de los años 80 del siglo pasado. Tuvo también un grupo de rock con sus hermanos. Escribe siempre en aragonés aunque a menudo se autotraduce al español.

PUENT

Siempre fa aire n'o puent. Siempre tien frío o río cuan lo cruzamos. Tamién hue, fa aire. Tamién hue, o río tien frío e nos refleja despentinaus, inseguros. Nos fa goyo que mama nos agafe d'a maneta e nos leve ta l'atro costau, ta l'atra oriella. Tien o puent bel ixo de castiello, de muralla china. Cruzar-lo cada maitino ye una aventura. Bi ha machia en ixe pasar nuestro sobre l'augua enta atro mundo, en garroliar entre os mesmos estranios siempre e veyer a ixe sinyor que, asperanzau, arrulla a l'aire cartas d'amor. Ent'a eternidad. Enta garra cabo. Perdemés.



PUENTE

Siempre hace viento en el puente. Siempre tiene frío el río cuando lo cruzamos. También hoy, hace viento. También hoy, el río tiene frío y nos refleja despeinados, inseguros. Nos gusta que mamá nos agarre de la mano y nos lleve al otro lado, a la otra orilla. Tiene el puente un algo de castillo, de muralla china. Cruzarlo cada mañana es una aventura. Hay magia en nuestro pasar sobre el agua hacia otro mundo, caminar entre los mismos extraños siempre; ver a ese señor que, esperanzado, lanza al aire cartas de amor. Hacia la eternidad. Siempre en vano.

NORTIAR

En qué ausencia converchirán sarrios e paixaros? En qué dolor farán forcallo? Sigo puyando. Encara, sempre. Dillá d'an que creix o zaguer lárrix de Gmelin. Dillá d'an que a saxifraga s'agarrapiza a la roca. 83 graus e 16 minutos norte. Astí dillá, dica an que paixaros e sarrios s'arrepunyen. Ya no puedo fer res més. Res més quiero ya. Només seguir. Ent'o norte. Encara, sempre. Dillá d'a desolación. Dillá de tot e de toz. Asinas ye esta ferida. Eterna. Inacabable. Asinas i soi yo agora. Desasperación. Angunia. En ixe no-puesto, fillo mío, te busco e grito. Encara, sempre. Nortiendo.



NORTEAR

¿En qué ausencia convergerán rebecos y pájaros? ¿En qué dolor confluirán? Sigo subiendo. Todavía, siempre. Más allá de donde crece el último alerce de Gmelin. Más allá de donde la saxífraga se aferra a la roca. 83 grados y 16 minutos norte. Continúo. Hasta donde pájaros y rebecos se reúnan. Ya no puedo hacer nada más. Nada más quiero. Solo seguir. Hacia el norte. Más allá de la desolación. Más allá de todo y todos. Así es esta herida. Eterna. Inacabable. Así soy yo ahora. Desesperación. Angustia. En ese no-lugar, hijo mío, te busco y llamo. Todavía, siempre. Norteando.

ORIELLAS

Nos cuaca a saber-lo d'acostar-nos dic'o laco. Ye de buen estar siempre aquí. De primavera e agüerro, d'hibierno e verano, nos posamos chunto a l'augua, a monico, e contamos os peixes que i riden folganoz; u leymos bel libro que cromptemos cuan ninos. Bella vegada, de maitino, femos parola con os paixaricos. Los ascuitamos de buen implaz e atendemos as suyas sucherencias. O laco ye concietero, manimenos. Le fa coscolas amostrar-nos o refleixo d'a luna cuan o sol brila runflant en o cielo e agoya como un gato fuyidizo amagando os nuestros ricuerdos en o suyo silencio de sieglos.



ORILLAS

Nos gusta mucho llegarnos hasta el lago. Aquí siempre se está bien. En primavera y en otoño, en invierno y en verano, nos sentamos junto al agua, en voz baja, y contamos los peces que ríen perezosos; o leemos algún libro que compramos cuando niños. Algunas veces, por la mañana, charlamos con los pájaros. Los escuchamos con agrado y atendemos sus sugerencias. El lago es caprichoso, sin embargo. Le hace gracia mostrarnos el reflejo de la luna cuando el sol brilla ufano en el cielo y disfruta como un gato huidizo escondiendo nuestros recuerdos en su silencio de siglos.

GAVIA

Te'n levado ta palacio per o río, o nuestro río. Órdens d'o rei. Desobedeixer-las no serviría de res. Ricuerdo cuan nos conoixiemos. Yéranos ninos alabez. Me diciés o tuyo nome e ridiés como a primavera. Agora, callas baixo o parasol e suenias. Suenias que yes luent, en atro tempo. No trayes aixovar, només una gavia con un papirroi. Tamién o muixón suenia. Suenia que ye un peix royo e nada libre. No fablas. Sospeito que no tornarás a falar nunca. Tapoco no yo. Yo me quedaré aquí, agora, en este río que acabas de crear en a mía memoria.



JAULA

Te llevo a palacio por el río, nuestro río. Son órdenes del rey; desobedecerlas no serviría de nada. Recuerdo cuando nos conocimos. Éramos niños entonces. Me dijiste tu nombre y reíste como la primavera. Ahora, callas bajo el parasol y sueñas. Sueñas que estás lejos, en otro tiempo. No traes ningún ajuar, solo una jaula con un petirrojo. También el pájaro sueña. Sueña que es un pez de colores y nada libre. Tú no hablas. Sospecho que no volverás a hablar nunca. Tampoco yo. Yo me quedaré aquí, ahora, en este río que acabas de crear en mi memoria.

CAIXICO

A una leugua d'o lugar, astí an que a sarra encomenza e o mont se torna bochudo e ferioso, se devanta, dende fa siglos, o Caixico. Ye un árbol eterno, leyal, heráldico. Puyaus en os suyos camals, a catrinalla i chugamos a cucut. Dimpués, brendamos e seguimos redindo en ixe mundo selenco e propio. Os nuestros pais e lols s'estiman millor posar-se en os radigons e solaniar-se os días azuls d'hibierno. As nuestras voces los tornan t'a nineza e, sobén, cuan bella fuella lobulada se solta de l'árbol e se transforma en paixarela, ixa memoria suya deviene alabez asperanza.



ROBLE

A una legua del pueblo, ahí donde la sierra comienza y el monte se vuelve frondoso y abrupto, se levanta, desde hace siglos, el Roble. Es un árbol eterno, leal, heráldico. Subidos en sus ramas, la chiquillería jugamos al escondite. Después, merendamos y seguimos riendo en ese mundo boscoso y propio. Nuestros padres y abuelos prefieren sentarse en las gruesas raíces y tomar el sol los días azules de invierno. Nuestras voces los devuelven a la niñez y a menudo, cuando alguna hoja lobulada se suelta del árbol y se transforma en mariposa, esa memoria suya deviene esperanza entonces.

VIENTO

Tresmontana e Gregal, Saloc e Garbín. Como os ríos, tamén os vientos tienen nome. E cauz. E curso. Muitas tardes, nos dixamos levar per a suya corrient. Remuscliaus descubrimos os presents e sospresas que amaga o suyo cabal infinito: as rusias colors d'a Berbería, as uloretas azuls d'a mar Hadriana, os ritmos atonals d'o Gran Norte. Cuan yera nino, soniaba que a Tresmontana me trayeba una ballena blanca, una nau negra o Gregal, una marimba o Saloc, un cantro de luz doradisca o Garbín. E me preguntaba, envacilau, qué tesoros nuestros portiaría l'aire a la chent d'ixas atras oriellas.



VIENTO

Tramontana y Gregal, Jaloque y Garbino. Como los ríos, también los vientos tienen nombre. Y cauce. Y curso. Muchas tardes, nos dejamos llevar por su corriente. De-seosos descubrimos los presentes y sorpresas que esconde su caudal: los incandescentes colores de la Berbería, los aromas azules del mar Adriático, los ritmos atonales del Gran Norte. Cuando era niño, soñaba que la Tramontana me traía una ballena blanca, una nave negra el Gregal, una marimba el Jaloque, un cántaro de luz dorada el Garbino. Y me preguntaba, fascinado, qué tesoros nuestros portaría el aire a la gente de esas otras orillas.

CIERVOS

Cuan teneba nueu anyos, vivié en una ciudat d'o estranhero. Yera una ciudat chiqueta e, malas que marchabas una mica, dentrabas n'o bosque, un telleral d'amables árbols blancos. Yera fácil veyer-bi ciervos. Saliba d'a escuela e, si m'espiguarda, astí bi yera, cabaciando con os ciervos. Bella tarde, en descubrí una familia: una fembra e dos crías. Os cervolins tetaban encara e a mai, que los teneba amagaus entre a vechetazón, iba totas as tardes, afayanaada, a alimentar-los. Dimpués, se chitaban chuntos pa adormir. Yo rezaba per els, amonico, dica que veniba mi mai e me portiaba ta casa nuestra.



CIERVOS

Cuando tenía nueve años, viví en una ciudad del extranjero. Era una ciudad pequeña y, en cuanto caminabas un poco, entrabas en un bosque de tilos amables y blancos. Era fácil ver ciervos allí. Salía de la escuela y ahí estaba yo, charlando con los ciervos. Cierta tarde, descubrí una familia: una hembra y dos crías. Los cervatillos mamaban todavía y la madre, que los tenía escondidos entre la vegetación, iba cada tarde, solícita, a alimentarlos. Después, se acostaban juntos para dormir. Yo rezaba por ellos, en voz baja, hasta que venía mi madre y me llevaba a casa.

ELLA

Ella nos trae a pluya sempre. E muitas parabras que no conoixemos. Son polidas, a suya pluya e as parabras suyas, e per ixo tenemos limpia zocega si nunca fa tardada. Cuan arriba, nos vestimos con colors escarraclants e salimos t'o campo a recullir-la. Ella nos sonride chentil e con o suyo bateauguas promena a pluya que, como un tresoro, nos trae dende l'ahiere. Dimpués, delicadament, con ixa voz suya, acafetada e nocturna, nombra paixarelas e paixaros, árbols e flors. E as flors e os árbols, os paixaros e as paixarelas van naixendo ordenadament. Alavez, nusatros aplaudimos; estre-molecius sempre.



ELLA

Ella nos trae la lluvia siempre. Y muchas palabras que no conocemos. Son hermosas, su lluvia y sus palabras, y por eso tenemos un desasosiego inmenso si alguna vez se retrasa. Cuando llega, nos vestimos con colores luminosos y salimos al campo a recibirla. Ella nos sonríe gentil y con su paraguas pasea la lluvia que, como un tesoro, nos trae desde el ayer. Después, delicadamente, con esa voz suya, ocre y nocturna, nombra mariposas y pájaros, árboles y flores. Y las flores y los árboles, los pájaros y las mariposas van naciendo ordenadamente. Entonces, nosotros aplaudimos; conmovidos siempre.

RUTINA AZAROSA

Lola Prol*

Marcial era un buen hombre. Esta definición la daría de él cualquiera que lo conociera. Buen hijo, buen vecino, buen amigo, buen compañero. Procuraba ser comedido sin ser débil, siempre dispuesto a echar una mano si alguien le necesitaba. Parecía más pendiente de los demás que de sí mismo, pero, al mismo tiempo, era ingenioso y ocurrente, con un fino sentido del humor. Sus intereses eran de lo más variado, lo que hacía de él un buen conversador. Era, en definitiva, una persona de trato más que agradable y sabía hacerse querer.

Aquella mañana, como tantas otras, bajó corriendo las escaleras del Metro para no perder el tren que, parado en el andén, ya daba el último pitido antes de cerrar las puertas. Colándose con una rapidez adquirida por la experiencia diaria, consiguió entrar en el vagón. Todavía sofocado por la carrera, buscó un hueco para poder hacer más cómodo el recorrido hasta Delicias, donde estaba su trabajo. Aún iba con suficiente tiempo para abrir la librería, pero, si llegaba con algo de margen, podría parar a tomar un café en el bar de al lado y comentar las últimas noticias con Paco, el propietario.

Esquivando codos y mochilas, procurando no pisar demasiados pies y deseando poder estar un rato tranquilo, llegaba a la siguiente estación cuando consiguió un espacio que, aunque reducido, le permitía una cierta comodidad en la postura. Siempre le admiraba el intercambio de gente que se producía en cada nueva parada, el flujo de lo que salían se compensaba con los que entraban. Mientras, los que quedaban, aprovechaban para tomar posiciones más ventajosas y cómodas.

Volvió a recorrer el vagón con un golpe de vista y entonces apareció de nuevo esa sensación de alegría que le llenaba tantas mañanas. Ahí estaba ella, acababa de entrar. Igual que él, igual que tantos habituales del viaje diario, abandonó con rapidez la zona de las puertas para conseguir un lugar más pro-

* **Lola Prol** es funcionaria de carrera del Ayuntamiento de Madrid. Inició su quehacer profesional en la Hemeroteca Municipal del consistorio. Posteriormente, como Técnico Superior, ha desarrollado su tarea en la gestión educativa y cultural en dicha administración, con especial dedicación a la relación con el sector cultural teatral y la programación de actividades culturales.

tegido de las continuas entradas y salidas. Ganando terreno consiguió un pequeño hueco, casi en el extremo de vagón, quedando frente por frente con Marcial. Cruzaron la mirada y en los dos coincidió el gesto de reconocimiento. No era casual que se vieran, era más bien algo natural debido a una rutina establecida, marcada por gestos y acciones encaminados a un ahorro de tiempo y energía. Tanto uno como otro procuraban siempre montarse en el mismo punto del tren que luego venía a ser el más cercano a las salidas respectivas. Así, eran varios los que coincidían la mayor parte de los días en trayecto y horario.

Virginia también se había fijado en él. Cómo no hacerlo si, día tras día, compartían el inicio de la jornada. Se sentía identificada con todas aquellas personas a las que veía más que a su propia familia o a sus amigos. Pensaba que cualquier día se acabarían saludando y sería algo natural.

Marcial no se sentía cómodo. No sabía cómo actuar. No es que él fuera especialmente tímido pero estas situaciones siempre se le escapaban de las manos. Si dirigía la vista al frente, allí se encontraba con los preciosos ojos de aquella chica y, como no quería que se sintiera molesta por su interés, apartaba rápidamente la mirada, como un chiquillo pillado en falta. Habría sido más fácil si no se sintiera atraído por ella porque entonces la habría podido mirar con la familiaridad de lo cotidiano, pero sin sentirse turbado. Así que se quedó mucho más tranquilo cuando vio que sacaba un libro y se centraba en la lectura. Entonces sí, ya podía contemplarla a su antojo y disfrutar observando sin ser visto, aprovechando el trayecto que aún quedaba por delante.

—¡Qué mala suerte tienes con las mujeres, hijo! No me explico cómo alguien tan bueno como tú todavía no ha encontrado una mujer con la que compartir su vida- En multitud de ocasiones, Marcial había oído a su padre decirle aquello y sabía que lo hacía con todo el cariño, convencido de que la situación ideal de cualquier hombre era la que proporciona el matrimonio.

Sus padres se habían conocido siendo apenas unos críos y tras un largo noviazgo habían formado una familia unida, en la que el amor y la admiración mutua había estrechado los lazos de la pareja, siendo su única pena haber tenido un solo hijo ya que ambos provenían de familias numerosas y les habría gustado reproducir el mismo modelo familiar. Sin embargo, Rosa, la madre,

siempre fue una mujer frágil y enfermiza y por eso a nadie le extrañó cuando una gripe, más virulenta que la de años anteriores, se convirtió en una neumonía que la llevó a la tumba en apenas tres días, dejando así un marido desolado y un hijo adolescente que tardó años en comprender qué es lo que les había pasado.

Ella seguía formando parte de sus vidas, las continuas alusiones a las cosas que le gustaban, o a su forma de hacer esto y aquello o las suaves recriminaciones de “a tu madre no le habría gustado nada que hicieras esto...” cuando cometía alguna trasgresión, más bien gamberrada propia de la edad, hacía que no se hubiera marchado del todo. No obstante, Marcial vio en su padre muchos síntomas de lo que aquella pérdida había significado para él. Se apreciaba un ligero encorvamiento de la espalda, la falta de brillo en la mirada y las sombras de unas ojeras más marcadas, formaban un conjunto de signos que habían hecho envejecer a aquel hombre varios años en pocos días. Y el gesto, sobre todo aquel gesto entre confuso y dolido, aquel aire taciturno de un hombre bondadoso que se había olvidado de reír fue lo que marcó la adolescencia y juventud de Marcial que intentó superar la pérdida de la madre siendo el apoyo y el compañero inseparable de un padre que no se congració nunca con la vida y que no perdonó jamás la falta de la compañera.

Marcial creció como cualquier chico de su edad. No era ni bueno ni malo en los estudios, lo justo para ir pasando de curso. No tenía ningún interés demasiado definido por nada y concluyó el Bachillerato sin tener una idea muy clara de lo que quería hacer con su vida. Para ganar tiempo hasta tener más claro lo que quería ser, se matriculó en Filología Hispánica porque lo único que no había variado a lo largo de su vida era la afición a la lectura, lo que le había permitido tener un conocimiento, infrecuente a su edad, de autores clásicos españoles y extranjeros que estimulaban su mente y su imaginación. Hizo los cinco años de la carrera sin gran convicción, pero, ante la falta de otras alternativas más prometedoras, fue pasando el tiempo y con él los cursos hasta que, cuando se quiso dar cuenta, tenía un flamante título de licenciado que, como ya sabía, pocas oportunidades le iba a dar en el mercado laboral.

Pero su futuro sí que estuvo vinculado a los estudios de su elección ya que, en el último curso de carrera, conoció a Clara, su primera novia. A diferencia de

Marcial, Clara sabía desde niña a qué se quería dedicar. Su gran vocación era la enseñanza y por ello apenas acabada la carrera ya se había puesto a preparar las oposiciones para ser profesora.

Los padres de Clara siempre habían visto con buenos ojos aquella elección. Dedicados los dos al mundo de las Letras en profesiones distintas: ella bibliotecaria, él con una librería de su propiedad, veían con buenos ojos que su hija siguiera, de alguna forma, la tradición familiar si bien en un nuevo campo que completaba las experiencias a compartir entre los tres.

Así se llegó a una solución que complacía a todas las partes. Clara se dedicó a preparar sus oposiciones con ahínco mientras Marcial estrechaba lazos familiares pasando a ser ayudante y luego encargado de la librería que el padre de Clara tenía en la calle Delicias. Pronto la relación entre dueño y empleado se hizo más estrecha, no sólo por el roce diario sino porque la mayoría de los días Marcial acompañaba a Justo hasta su casa para poder ver a Clara, aunque sólo fuera un rato.

Las cosas entre la pareja no podían ir mejor. Es cierto que llevaban una vida rutinaria, más propia de gente de edad madura que de dos veinteañeros, pero a ambos les satisfacía lo suficiente. Pronto se acostumbraron tanto el uno al otro que Marcial empezó a darse cuenta de que Clara era un elemento imprescindible en su vida.

A los dos años de relación, Clara consiguió su objetivo y sacó las oposiciones colmando así sus aspiraciones y las de los que la rodeaban.

—Tenemos la suerte de cara, así que deberíamos aprovechar la buena racha e ir pensando en la boda- Cuando Marcial oyó estas palabras en boca de su novia, sintió tal variedad de emociones que no sabía realmente como se sentía. Lo primero pensó en su padre, en lo contento que se iba a poner al volver a tener a una mujer en casa porque, evidentemente y como le había hecho saber a Clara desde el primer día, él nunca podría dejar a su padre solo. Pero por otra, notaba también cierta desazón cuya causa no sabía identificar y que achacó, razonablemente, a los nervios naturales ante un cambio trascendente en su vida.

Nadie podría haber imaginado un desenlace tan inesperado y fatal. Una noche en que habían quedado, como otras tantas, para tomar algo juntos y

verse un rato, Clara volvía sola a casa ya que Marcial tenía que hacer inventario y no la podía acompañar. Sus padres comenzaron a inquietarse cuando vieron que pasaba con creces la hora habitual de volver y su hija, siempre cumplidora y responsable, ni llegaba ni daba señales de vida. Pasadas las dos de la mañana y con la casi certeza de que algo terrible había ocurrido, Justo se echó a la calle, más por no estar en casa que porque pensara que así iba a encontrarla. Al rato de salir su mujer le llamaba angustiada. Una llamada de la policía les comunicaba que su hija había ingresado en “La Paz” y debían acudir inmediatamente. Nada se pudo hacer por Clara. Según les informó posteriormente la policía, quedaba claro que había sido víctima de un atraco con fatales consecuencias. Su agresor la había sorprendido por la espalda y, tras asestarle un golpe mortal en la nuca, la había despojado de todo lo que llevaba de valor. Cuando la encontraron, ya estaba muerta.

Marcial pasó unos días como sonámbulo. No sabía qué hacer. Sólo salía de casa para ir al trabajo que fue lo único que sostuvo su ánimo en aquellos momentos. Nuevamente solo, se refugió en la lectura, como cuando era adolescente, como cuando su madre les había dejado.

El paso del tiempo fue mitigando el dolor de la pérdida y Marcial fue el primer sorprendido cuando, un año después de la muerte de Clara, se encontró nuevamente ilusionado por una mujer. Cuando su amigo Alberto le propuso, como otras tantas veces, una cena fuera de casa no le comentó que también iría una amiga suya de la infancia, de regreso a Madrid después de varios años destinada en una pequeña capital de provincias. Carmen era totalmente distinta a Clara, diferente también de la mayoría de chicas que había conocido. Entregada a su profesión de trabajadora social y dedicada fundamentalmente al apoyo de mujeres víctimas de violencia de género, era una mujer vital, habladora y un poco caótica en su forma de vida. Odiaba hacer planes y variaba constantemente su estilo de vestir, su peinado, sus amistades o aficiones. Sin embargo, siempre sintió un cariño especial por Alberto, aquel amigo de la niñez que, de alguna forma, siguió vinculado a su vida.

Carmen y Marcial eran opuestos en todo, tanto que estaban condenados a atraerse. Él no pudo resistirse a aquella mujer extrovertida, divertida y sorprendente que contaba anécdotas sin parar y que llenaba cualquier espacio con su

presencia. Ella pronto se dio cuenta que se sentía muy cómoda al lado de aquel hombre tranquilo que le daba el toque de serenidad que ella necesitaba.

Desde que había conocido a Carmen, la vida de Marcial había cambiado sustancialmente. Ajena a cualquier rutina, había días que pasaba varias veces a visitarle como luego estaba más de una semana ocupada, sin encontrar un momento para verse. Ni siquiera tenía muy claro qué tipo de pareja formaban ya que ella, en su línea, rechazaba las etiquetas y aquel término de “novios” que tanto agradaba a Clara, no encontraba sitio en esta nueva relación. No obstante, Marcial sabía que Carmen le amaba, igual que él a ella, y que no había cabida para otras personas, lo que les convertía en lo más parecido a una pareja estable.

Pasaron tres años juntos. Fue una época feliz para Marcial. Le gustaba su trabajo a cargo de la librería, llevaba una tranquila vida doméstica junto a su padre y tenía a Carmen, que le aportaba la justa dosis de emoción y le sacaba de la rutina.

Sin embargo, también esta relación se vio truncada de una forma fatal. Lo que en principio parecía un agotamiento producido por el ritmo frenético de vida que Carmen llevaba, se mostró rápidamente como una grave enfermedad coronaria que la dejó postrada en la cama y sin capacidad de reacción. Los médicos sólo pudieron certificar su defunción, pocos meses después, sin haber tenido nunca claro cuál era el origen de que aquel corazón, tan joven en apariencia, hubiera dejado de funcionar.

Otra vez solo, nuevamente abatido, Marcial hizo de la rutina su compañera de vida. Cogía el metro todos los días a la misma hora; si se retrasaba, aunque sólo fueran unos minutos, ya se sentía mal el resto del día. Pasaba el día atendiendo la librería, concentrado en la tarea, evitando tener que pensar. Al cerrar, volvía a casa y tras cenar y charlar un rato con su padre, se acostaba puntualmente a las once de la noche. Los detalles más nimios se volvieron, de repente, mucho más importantes y se acostumbró a que le tacharan de maniático cada vez que alineaba los libros en los estantes para que ningún lomo sobresaliera sobre los demás, o que cortara el pan en porciones exactamente iguales, o que no consintiera quedar a cenar en un sitio que no fuera alguno de los que ya conocía. Él se sentía bien así y no se consideraba, para nada, un tipo raro.

Sólo algunas veces, cuando iba hablando solo en el metro y se daba cuenta que sus vecinos le miraban, entre sorprendidos y asustados, pensaba que quizá tenía que empezar a preocuparse por su salud mental. Pero se tranquilizaba a sí mismo recordando lo que tantas veces contaba su amigo Alberto, recordando su época de estudiante de Psicología, cuando remedaba a su profesor sentenciando: “lo peligroso no es hablar solo, sino no darse cuenta”. Lo suyo, entonces, no debía ser muy grave porque aún era consciente de que lo hacía.

Pero ahora era distinto. Sentía que tenía que recuperar el control sobre su vida y no dejar que le dominaran las costumbres. Hacía ya unos meses que cada mañana, al coger el metro, coincidía con aquella chica que, desde el primer día de verla, le había llamado la atención. Primero se fijó en los libros que iba leyendo y que él, como experto que era, sabía reconocer como propios de un gusto refinado de una persona habituada a la lectura, como también era él. Después se fijó en la mujer, para descubrir una belleza sin estridencias, pero armónica, con un cierto aire etéreo que unos días su imaginación asociaba a una profesional de la danza y, otros a algo mucho más prosaico relacionado con alguna nueva disciplina gimnástica.

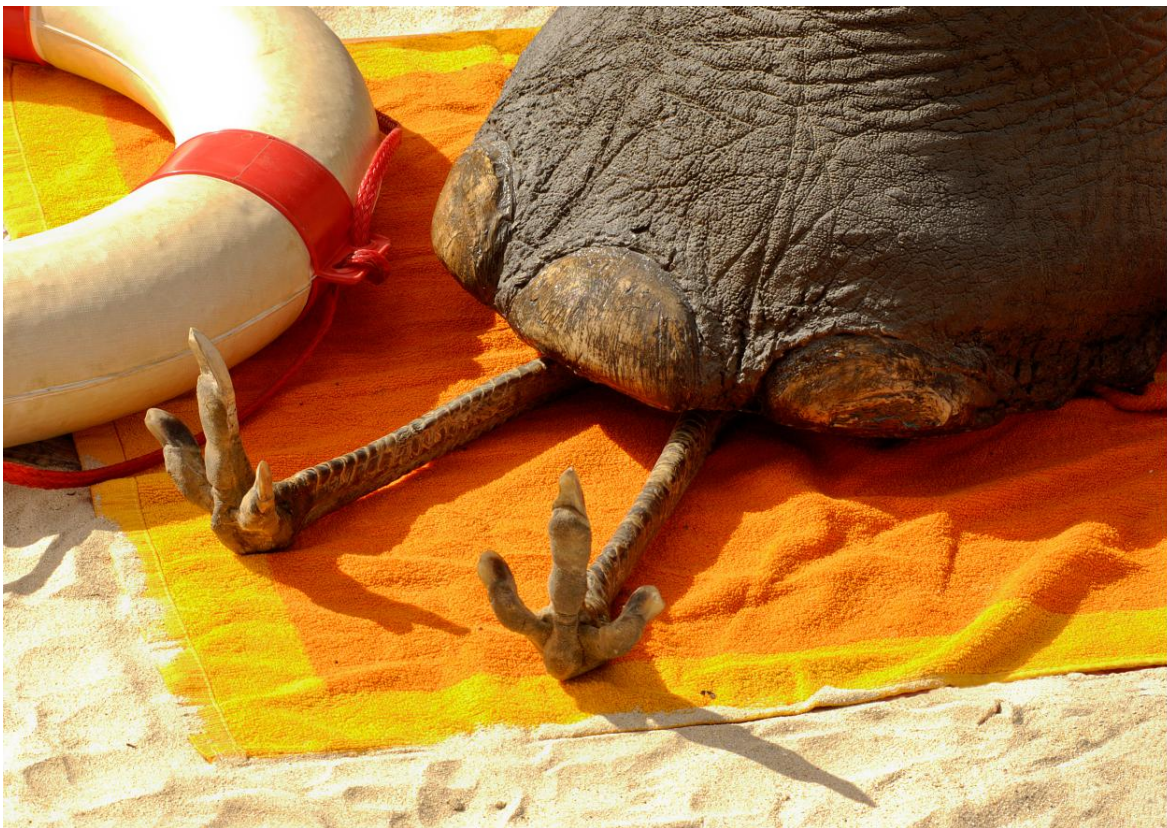
Mientras, Virginia era totalmente ajena a tanto escrutinio y, tímida como era, no habría sabido cómo valorar la admiración que aquel desconocido sentía hacia ella. Tan sólo era consciente de una mirada fugaz alguna mañana que achacaba, sin ninguna duda, al reconocimiento de una cara conocida sin poder llegar a pensar que el interés fuera más allá.

Esta mañana Marcial va pensativo hacia el trabajo. Por primera vez en mucho tiempo, no tiene ganas de dedicarse a los libros, los albaranes, los clientes o la simple lectura. Quiere pensar, tiene que pensar. Sabe que en esto nadie puede ayudarle y, por eso, necesita tener la cabeza bien fría y decidir qué va a hacer. No puede negarse a sí mismo el interés que siente por aquella compañera de viajes matutinos y sabe también que, de seguir manteniendo la coincidencia, algún día dará el primer paso para intentar tener más relación con ella y, quién sabe, llegar a introducir nuevamente una mujer en su vida. Pero no, no se lo puede permitir. Ya no es tan joven, ya sabe las consecuencias y, por tanto, lo mejor es que busque una salida alternativa que le haga desistir de esa

idea. Él es un hombre tranquilo. Ni quiere tener problemas ni volver a pasar por lo mismo.

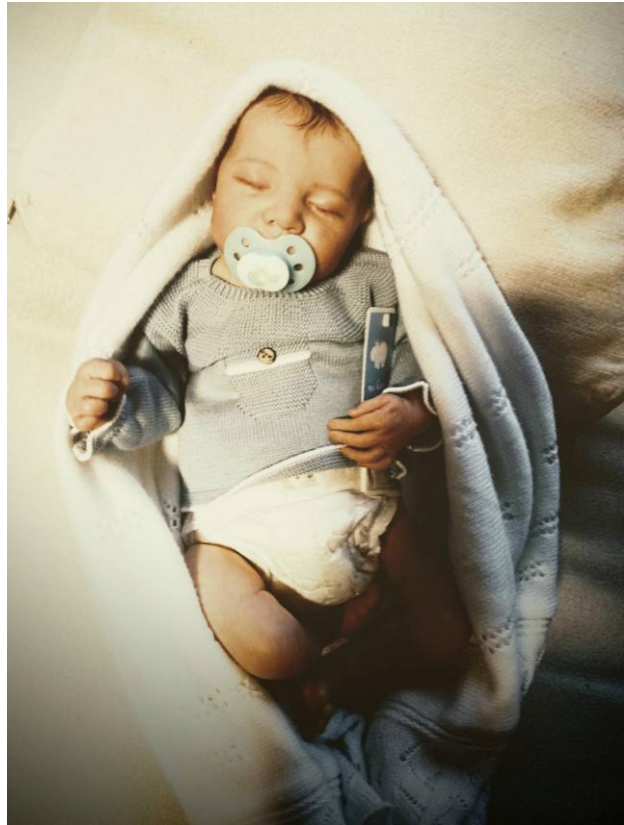
Para él fue muy duro tener que prescindir de Clara y de Carmen. Tardó mucho en poder superar el esfuerzo que le costó terminar con la primera, con aquel golpe que le dolió a él mucho más que a ella; o ver cómo se iba marchitando la alegría de Carmen, debido a aquel veneno que sólo un lector impenitente como él podía llegar a conocer a base de muchos días de rastreo en Internet.

Tiene claro que una nueva muerte sería sospechosa y no sólo producto de la mala suerte que su padre le adjudica. Y por eso no quiere tener nada con aquella Virginia, aún desconocida para él. Ni puede ni debe encariñarse con ella como hizo, aún joven e inconsciente, con Clara y con Carmen, así no tendrá que deshacerse luego de ella. No, no está dispuesto a entregarse por entero a una mujer para que luego ella le abandone, como hizo su madre....



El nacimiento

Marcos Ballester Matito♦



Antes de llegar a tierra yo estaba solo. Creía que el mundo entero estaba vacío, pues yo era el único navegante del barco.

Pasaba cada día como el día anterior, entre el constante traqueteo de la sala de máquinas, a solas: las válvulas del motor y yo.

Todos los días eran el mismo día. Yo no era ni joven ni viejo. El tiempo no pasaba en la inmensidad del mar. Tampoco el viento. El mar era siempre calmo. Ni una sola ola. Tan solo la estela que dejaba atrás el barco. Y no me hacía falta comer ni dormir, porque tampoco existía la noche.

Estaba solo en el mundo y el mundo éramos el barco, el mar y yo. El infinito mar parecía no acabar nunca. En todas direcciones que miraba encontraba lo mismo: mar; infinito mar. Un cielo sin nubes y el mar.

Un día, al asomarme a la borda, vi un diminuto punto en la lejanía. El barco parecía que había estado siempre navegando en esa dirección, aunque yo nunca me había dado cuenta.

Llegué cuando tenía que llegar. Ni pronto ni tarde. La tierra era verde, llena de vegetación. Había de múltiples tipos: plantas altas y pequeñas. Y también viento.

Al pisar la tierra fue cuando noté por primera vez la brisa en mi cara.

♦ **Marcos Ballester Matito** (1992), ingeniero mecánico y escritor. Sus últimas publicaciones han sido dos poemarios *De inviernos y otros poemas estacionales* (2023) y *Verano* (2024); también unas memorias, *Cuadernos de viaje - Tres días para decir adiós* (2025).

El violinista de Montparnasse

Jesús Les♦



Seis y media. París despierta entre sombras y humo frío. El violinista, puntual, avanza por la línea trece. El instrumento duerme en su funda envejecida y desgastada por los roces. Cada paso resuena contra las paredes del metro como un arpeggio que bosteza.

Algunas veces lo veía caminar sobre las aceras de la *Gare Montparnasse*; otras, bajando por aquellas escaleras deslustradas, esperando impaciente en el andén, somnoliento y silencioso, distante y distraído entre los olores a desagüe y humedad que cobijaban el subsuelo de las madrugadas parisinas. Muchas veces —la mayoría de las veces— coincidíamos sentados ya dentro del vagón, frente a frente. Todo envuelto, a esas horas, de un extraño color blanco fluorescente, frío olor a óxido y temblorosa legaña.

Una vez sentados, él solía apretar contra el pecho su inseparable estuche os-

♦ **Jesús Les** (Biel, 1963) es un alquimista de sueños, un restaurador de quimeras y un humilde artesano de las palabras. Tiene miedo a lo vulgar y vértigo a la añoranza. Escribe desde niño y en 2026 sale a la venta su primera novela, *Las naranjas azules*.

curo, de indefinible color. Parecía, inseguro y tímido, querer proteger su violín frente al ruido, los frenazos y los peligros de aquel metro que cada madrugada ambos tomábamos. Lo aplastaba con fuerza contra su esternón, de la misma manera que una adolescente comprime, avergonzada e insegura, la carpeta del instituto contra sus pechos incipientes e inmaduros. Yo visualizaba aquel viejo *Stradivarius*, mimado como un niño al que es necesario proteger de golpes, arañazos y despropósitos. Nunca hablábamos; era como si nos costara un mundo articular un saludo, siquiera un gesto, en los despertares del metro de París.

Él bajaba en Saint-Lazare y yo continuaba, como siempre, hasta Saint-Denis. Desde el primer día que lo vi me cautivó; me llamaba poderosamente la atención su humilde indumentaria, siempre la misma: un pantalón algo corto y ancho, de tela beis más bien desgastada; su pequeña chaqueta raída, muy usada y de un color impreciso; y sus zapatos limpios y lustrosos, con cordones a juego con sus ojos marrones, ausentes y fijos en algún punto siempre indeterminado e inexpugnable para mí. Lo encontraba a menudo pensativo, medio adormilado, impecablemente aseado y siempre sujetando, como un auténtico tesoro, aquel manoseado estuche de concertista.

Estaba convencido de que era un músico virtuoso, un genio abnegado, un celoso intérprete de su instrumento; tal vez el violinista principal de una gran orquesta, su concertino, un maestro disciplinado que madrugaba, levantándose cada mañana puntual para acudir a un ensayo, para trabajar su partitura desde muy temprano, obligado a desplazarse a su estudio para no molestar con su violín a la gran mayoría de las personas que, a esas horas intempestivas, todavía dormían.

Otras veces me daba por conjeturar que el motivo de levantarse tan temprano era que impartiría clases particulares a algún joven de familia acomodada, cuyas obligaciones le impedirían aprender o ensayar en otro momento del día. También, algunas otras veces, me daba por pensar que se trataba de un músico bohemio callejero que volvía a casa a esas horas, después de interpretar el repertorio en algún punto indeterminado del bulevar Haussmann, del *quartier de la Madeleine* o de la *rue Pasquier*, o incluso que pudiera dirigirse a tomar posiciones en alguno de los puntos más transitados y disputados de la línea trece: en la *Gare Saint-Lazare* o en alguna correspondencia con la tres, la doce o incluso la catorce.

Siempre discreto y reservado, con semblante de bardo desubicado. Sus manos pequeñas, como sus dedos, no delataban en absoluto su profesión; no parecían precisamente las de un virtuoso y delicado instrumentista. Sin embargo, sabe Dios por cuántos cafés y bistrós habría viajado aquel estuche de violín.

Así transcurrieron no menos de siete meses, durante los cuales me tropezaba a diario con aquel hermético violinista.

De pronto, un día, el misterio que lo envolvía, y sobre el que yo tanto había especulado, acabó. Recuerdo bien el momento: era lunes, y una lluvia fina pero constante se precipitaba sobre París; el metro iba atestado de pasajeros, más de lo habitual. Levanté la mirada y lo vi: iba sentado frente a mí, en el mismo vagón. Como siempre, rehuimos la mirada con timidez. El vagón embocaba velozmente el final de una curva de un túnel, a la altura de Miromesnil, cuando un pasajero que permanecía de pie, nervioso y apresurado por salir antes que nadie en la próxima parada, se desequilibró torpemente sobre el violinista, provocando que se le escurriera la funda de las manos.

El estuche de madera cayó violentamente sobre el suelo del vagón en medio de un bosque de piernas y pies inmóviles. A consecuencia del impacto con el suelo, el cierre del estuche cedió y la funda se abrió completamente. Solo por un segundo temí boquiabierto por su instrumento, por ese violín que debía ser su bien máspreciado, su más querido tesoro.

No había ningún violín; no había dentro instrumento alguno. El contenido que rodó por los suelos y que salió de su interior no era un violín ni, siquiera, otro instrumento musical. Lo que salió del estuche, desparramándose entre las piernas, bajo los asientos de los viajeros, que abríamos incrédulos nuestros ojos, fue un bocado envuelto modestamente en papel de periódico, una pequeña fiambra de plástico con su tapa color clara de huevo y una manzana de buen tamaño, que rodó de ex-tremo a extremo del vagón.

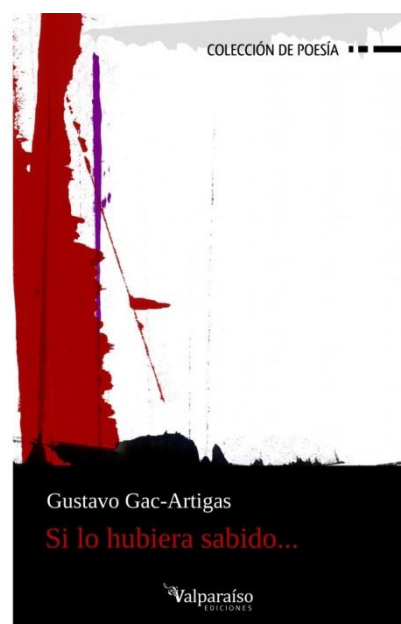
Un embarazoso asombro me paralizó mientras él se apresuraba a recoger del suelo su fiambra, su bocado y a tomar de mi mano esa manzana que había rodado de aquí para allá y que yo, ágilmente, me había adelantado a alcanzarle. No dijo nada; todos miraban la escena en incómodo silencio. Nervioso y contrariado, volvió a depositar la comida dentro de su estuche de violín, asegurando el cierre justo en el momento en que el metro se detuvo en la estación de Saint-Lazare.

Recuerdo bien su cara sonrojada, los nervios que compartimos en la incomodidad del silencio, la sorpresa de los pasajeros. Demasiado castigo para él, para ese sencillo y humilde obrero que yo imaginé tantas veces interpretando con maestría una deliciosa melodía que se había apagado de repente, muy a mi pesar.

Nunca más lo volví a ver; esa fue la última vez que fijaron mis ojos: perdido por las escaleras de la estación del metro, cabizbajo, pensativo... arrastrando consigo un espejismo en aquella madrugada en la que lloviznaba sobre París.

El mantra del manto

Fernando Martín Pescador



Portada del libro

Si lo hubiera sabido..., Gustavo Gac-Artigas, Valparaíso EDICIONES, 2024.

El manto abriga. El manto cubre. El manto protege. El manto embellece. Por lo general, utilizamos la palabra manto rodeada de términos amables y en contextos positivos. Pero, es verdad, en español, la palabra no es ajena a connotaciones completamente opuestas. Un manto de niebla es el decorado perfecto para un nuevo asesinato de Jack el destripador. Un manto de mentiras puede encubrir al criminal en su escondrijo. Y, bien articulado, un manto puede ser hasta opresor. En *Si lo hubiera sabido...*, el magnífico poemario de Gustavo Gac-Artigas, los mantos son sinónimos de imperios. Imperios asesinos. Imperios encubridores. Imperios opresores.

El primer manto que aborda es el manto rojo. El del comunismo. Y no es casualidad. El poeta confiesa que llegó a creer en el comunismo; que él y sus amigos creyeron en ese manto rojo: «Un manto rojo (...) marchó contra la injusticia / bajó las grandes escalinatas / desmembró los palacios / repartió la riqueza / repartió la pobreza (...) creí / creímos / tenía que creer / teníamos que creer / no se podía vivir en la injusticia / era preferible vivir en la ceguera». Como el poeta, cientos de intelectuales, artistas, escritores defendieron el comunismo desde sus inicios. Sus principios prometían combatir la injusticia. Pero el

manto rojo demostró ser similar al resto de los mantos. George Orwell se ocupó de explicárnoslo en 1984 y en *Rebelión en la granja* (tengo curiosidad por ver la nueva versión cinematográfica adaptada a nuestros tiempos que ha sido presentada en festivales durante 2025 para ser estrenada este año. Está dirigida por Andy Serkis y cuenta con las voces de Seth Rogen, Woody Harrelson, Steve Buscemi y Glenn Close, entre otros).

El manto rojo resultó ser tan aterrador como el manto pardo (el nazismo), como el manto rojo verde blanco y negro (el imperio Islámico), el manto de franjas y estrellas (el estadounidense), el manto rojo con destellos dorados (China), el manto de las dictaduras que cubrió el continente del poeta (se refiere a la colonización de Latino América, primero, y a las dictaduras que se impusieron en el siglo XX, después) y, finalmente, el manto blanco y azul, que se viste de rojo (el supuesto ojo por ojo que Israel ejecuta en Oriente Medio). A cada uno de esos mantos dedica el autor un poema lleno de dolor y de denuncia.

El libro sería desolador si Gustavo Gac-Artigas no acudiera a cierto atisbo de esperanza. En el último poema del libro, *El ruego del poeta*, se dirige al lector y le urge a escribir su propio verso: «desde mi dolor / a ti lector te imploro / escribe tu verso / haz que tu alma cante / pinta tu mundo / rechaza los colores dominantes / crea tu propia paleta».

El poeta (y el editor) no se conforma con implorar al lector para que escriba su verso. En la parte superior de la página 87 dice así: «Tu página, lector. Escribe tu primer verso, o el último». El resto de la página está en blanco. En *La torre del ojo*, invitamos a todos esos lectores de *Si lo hubiera sabido...* que han escrito su primer verso, que han pintado su mundo, que han creado su propia paleta, a compartirlos con todos los lectores de nuestra publicación. Es hora de liberarnos de todo manto. Es hora de *liarse la manta a la cabeza* (expresión española que significa «tomar una decisión audaz sin pensarlo demasiado»), de librarnos del manto imperante. Es hora de descubrirse, de destaparse y de compartir nuestra pluralidad. Como decía el gran Eduardo Galeano: «Arránqueme, señora, las ropas y las dudas. Desnúdeme, desdúdeme» (del poema “La noche” en *El libro de los abrazos*, 1989).

Historia de la Literatura

LA VARIEDAD DEL CUENTO LITERARIO ESPAÑOL A FINALES DEL SIGLO XX

Felipe Díaz Pardo



La variedad del cuento en el fondo y en la forma

El cuento, tradicionalmente, ha sido un género casi desconocido en la historia de la literatura. La crítica tampoco ha hecho mucho caso de él, a tenor de los pocos estudios que hay sobre el tema. Y las editoriales han mostrado cierto desprecio, interesándose casi siempre por autores consagrados y famosos por sus novelas o haciendo tiradas limitadas de los libros de relatos. Tal vez esa escasa valoración se debiera también a la confusión que ha acompañado al término “cuento”, al asociarlo al relato infantil o al relacionarlo con connotaciones negativas que tienen que ver con la mentira o el engaño.

No obstante, a finales del siglo XX, la década de los 80 dará cuenta de cambios importantes que coincidirán con un nuevo impulso del cuento, a pesar de que siempre surjan opiniones que sigan defendiendo lo contrario. Coincide esta etapa con un nuevo panorama cultural en España, iniciado pocos años antes, en 1975, con la llegada de la democracia, momento de apertura, de diversidad, de libertad. En este nuevo escenario se desarrollará el cuento literario, género del que queremos mostrar su trayectoria entre los años 1980 y 2000.

Varios aspectos influyen en esta mejoría del cuento durante esta época. Por un lado, en ese contexto al que antes nos referíamos, y que conduce a la variedad, el relato corto da buena cuenta de las posibilidades que puede ofrecer. Por otro, las propias condiciones del mercado editorial, que desprecia todo lo que no “huela” a mercantilismo, permiten que el cuento, asumiendo su papel de marginado y de que no es un género comercial, no se deje influir por esa presión y se mueva por el terreno literario de la libertad. Por último, y siguiendo la opinión de Francisco Umbral, “el cuento es el género que mejor se corresponde con el estado de conciencia de hoy” (*Teoría de Lola y otros cuentos*. Barcelona, Destino, 1977, p. 9). Vivimos en un mundo de prisas, y como también afirma Francisco García Pavón, “el lector actual, falto de tiempo y acostumbrado a la concreción del cine, se encuentra magníficamente predispuesto para la lectura de la novela corta y el cuento” (*Antología de cuentistas españoles contemporáneos (1939-1966)*. Madrid, Gredos, 1966, p.9).

Sin ser exhaustivos en nuestras explicaciones, por razones evidentes de espacio, podemos defender la variedad del cuento de los últimos veinte años del siglo XX, siguiendo como orden de nuestra argumentación los dos ejes en que se suele dividir una obra literaria: fondo y forma. Con respecto al primero, escogemos varios cuentos, de acuerdo con una clasificación temática y argumental; el segundo eje nos sirve para clasificar otros tantos tipos, tomando como referencia los elementos técnicos o estructurales dominantes que aparecen en los relatos. De este modo, el muestrario que proponemos es el que sigue:

—Fondo: Cuento realista (“Foto de familia”, de Ignacio Martínez de Pisón); cuento fantástico y de terror (“El nacimiento en el desván”, de José María Merino); cuento amoroso (“Sergei Fiodorovich”, de Luis G. Martín); cuento de suspense o intriga (“La ventana del jardín”, de Cristina Fernández Cubas); cuento épico-legendario (“Yakún el de los dientes largos”, de Agustín Cerezales); cuento policíaco y criminal (“Nunca hables demasiado”, de Juan Madrid); cuento de ambiente urbano (“El puñal en la garganta”, de Rosa Montero); cuento de ambiente rural (“Mi tío César”, de Luis Mateo Díez); cuento erótico (“El quiosco”, de Luis Eduardo Zúñiga); y cuento metaliterario o culturalista (“La dama boba”, de Paloma Díaz Mas).

—Forma: Cuento intimista o psicológico (“Un país extranjero”, de Soledad Puértolas); cuento irónico o paródico (“Ponga un ciego en su vida”, de José Ferrer-Bermejo); cuento de estructura epistolar (“Trozos de vida al viento”, de Félix J. Palma); cuento de estructura dramática (“XXXVIII”, de Javier Tomeo); cuento experimental (“Polifonía de vecinas”, “Pasatiempos” y “Estuvaro Gelici: deterioración de Omnubio”, de Alberto Escudero); microrrelato (“La chicharra crédula”, de Neus Aguado, “El miedo”, de Pedro Ugarte y “Orillas”, de Andrés Neuman); cuento artículo (“Guerra de religión” y “Tú verás”, de Juan José Millás); cuento humorístico o absurdo (“Porque fue sensible”, de Manuel Longares); cuento simbólico (“Dos individuos eternos”, de Felipe Benítez Reyes; y cuento lírico (“Esperando a Lidia”, de Antonio Colinas).

Por otra parte, los cuentos referidos son un ejemplo también del nutrido y variado número de autores que cultivan el género en la época que nos ocupa. Los límites de edad se van ensanchando con los últimos años, ya iniciado el

siglo XXI, y la presencia de jovencísimos autores aumenta. Tal hecho se refleja en algunas publicaciones recientes, como la titulada *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español*, aparecida en la editorial Páginas de Espuma. Nuestra selección recoge ya alguno de estos nuevos autores, nacidos entre los años 60 y 70 del siglo pasado.

Los nombres incluidos en nuestra lista los podemos situar temporalmente en dos grandes grupos:

—Autores nacidos a partir de 1940: José María Merino, Luis Mateo Díez, Alberto Escudero, Manuel Longares, Cristina Fernández Cubas, Juan José Millás, Antonio Colinas, Soledad Puértolas, Rosa Montero y Paloma Díaz Mas.

—Autores nacidos a partir de 1955: Neus Aguado, José Ferrer-Bermejo, Agustín Cerezales, Felipe Benítez Reyes, Luis G. Martín, Pedro Ugarte, Félix J. Palma y Andrés Neuman.

Otros dos escritores, incluidos aquí, enriquecen las nóminas anteriores: Juan Eduardo Zúñiga (1919) y Javier Tomeo (1932). Zúñiga edita su primer libro de cuentos, *Largo noviembre de Madrid*, en 1980, y se encuentra formado por relatos cuyo tema común es la guerra civil, representando así al realismo memorialista. Posteriormente publica *La tierra será un paraíso* (1989) y *Misterios de las noches y los días* (1992), libro este último del que procede el cuento seleccionado y que muestra un mundo en que conviven lo poético, lo mágico y lo misterioso. Tomeo, que publicó también varios libros de narraciones a partir de 1988, es el autor más representativo del cuento sustentado en el diálogo. Ambos, pues, desarrollan su trabajo también en este género durante el período que nos interesa.

Libros de cuentos para una panorámica

A fin de orientar al lector interesado, anotamos a continuación los autores y volúmenes de cuentos que nos han proporcionado los textos antes citados y que, por ende, constituyen asimismo nuestra propuesta para conocer el panorama del cuento literario español a finales del siglo XX:

Ignacio Martínez de Pisón: *Foto de familia*. Barcelona, Anagrama, 1998. José María Merino: *El viajero perdido*. Madrid, Alfaguara, 1990. Cristina Fernández Cubas: *Mi hermana Elba y los altillos de Brumal*. Madrid, Alfaguara, 1988. Agustín Cerezales: *Escaleras en el limbo*. Barcelona, Lumen, 1991. Juan

Madrid: *Cuentos del asfalto*. Madrid, Popular, 1991. VV.AA.: *Relatos urbanos*. Madrid, Alfaguara, 1994. Luis Mateo Díez: *Brasas de agosto*. Madrid, Alfaguara, 1989. Luis Eduardo Zúñiga: *Misterios de las noches y los días*. Madrid, Alfaguara, 1992. Paloma Díaz Mas: *Nuestro milenio*. Barcelona, Anagrama, 1987. Soledad Puértolas: *Una enfermedad moral*. Barcelona, Anagrama, 1988. José Ferrer-Bermejo: *Incidente en Atocha*. Madrid, Alfaguara/Nostromo, 1982. Félix J. Palma: *El vigilante de la salamandra*. Valencia, Pre-textos, 1998. Javier Tomeo: *Historias mínimas*. Barcelona, Anagrama, 1996. Alberto Escudero: *La piedra Simpson*. Madrid, Alfaguara, 1987. Neus Aguado: *Paciencia y barajar*. Barcelona, Tusquets, 1990. Pedro Ugarte: *Noticia de tierras improbables*. Pamplona, Hierbaola, 1992. Andrés Neuman: *El que espera*. Barcelona, Anagrama, 2000. Juan José Millás: *Articuentos*. Barcelona, Alba, 2001. Manuel Longares: *Extravíos*. Madrid, Alfaguara, 1999. Felipe Benítez Reyes: *Maneras de perder*. Barcelona, Tusquets, 1997. Antonio Colinas: *Días en Petavonium*. Barcelona, Tusquets, 1994.

Conclusión

Para cerrar estas líneas, expresamos dos únicas reflexiones:

La primera, que los textos relacionados dan cuenta de la idea principal que este artículo quiere transmitir: la importancia del cuento literario en los últimos años del siglo XX. Este fenómeno viene dado, al margen de otras consideraciones, por la diversidad temática y formal del género, como queda demostrado.

Y la segunda, que no es ésta una muestra de los autores más conocidos, ni la de un elenco de escritores de una sola generación. Presentamos estos narradores por su aportación a la variedad del género, sin olvidar nunca la calidad de los textos. Si bien predominan los autores jóvenes, también se incluyen autores de mayor edad, lo que contribuye a aumentar la riqueza de la muestra. Así pues, cultivan el cuento en estos años escritores nacidos, por ejemplo, en 1919 —como es el caso, ya referido, de Luis Eduardo Zúñiga— o en 1977 —año de nacimiento de Andrés Neuman.

Mi opinión no solicitada

La Guerra Civil Española en la literatura: lo que se cuenta y lo que se calla
José Ramón Guillem García

www.joseguillem.com



Hoy me meto en un charco...

Me pidieron que hablara de la Guerra Civil en la literatura, por una novela que escribí, como si fuera un mapa de bolsillo: doblado en cuatro, con manchas de café que nadie se atreve a limpiar y una ruta que, por más que la sigas, siempre te devuelve a la misma plaza. Me dieron ese mapa y una lupa de juguete; la lupa tenía una etiqueta que decía “uso autorizado” y, al mirarla, descubrí que ampliaba los pliegues pero no las palabras. Empecé a trazar líneas con un bolígrafo que goteaba tinta gris, como si la historia fuera un dibujo técnico que se resiste a ser coloreado, y comprendí que la tarea no era tanto contar como decidir qué pliegues dejar visibles.

La literatura sobre la Guerra Civil funciona así: hay relatos que se presentan con la solemnidad de un parte oficial, con fechas, mapas y nombres que suenan a fichas policiales; son novelas con epígrafes y memorias que vienen con certificados de autenticidad. Y luego están los silencios, esos pasillos sin luz donde los personajes se despojan de epígrafes y se convierten en sombras que nadie quiere reconocer. Esos silencios no son ausencia, son arquitectura: muros que sostienen la casa de la memoria y que, curiosamente, nadie se atreve a derribar porque alguien cobró por construirlos.

Camino por las librerías como quien recorre un mercado de reliquias: puestos ordenados por categorías, vendedores que ofrecen “testimonios” como si fueran antigüedades y editores que pulen las esquinas de los relatos para que brillen en la vitrina. En los estantes hay secciones con rótulos amables: “Testimonios”, “Ensayos”, “Ficción”. Cada libro parece llevar una etiqueta de identidad. Algunos vienen con fotografías en blanco y negro, como si la autenticidad se midiera en la palidez de una imagen. Otros traen prólogos que funcionan como certificados de buena conducta: “Este autor ha sido debidamente autorizado a recordar”. Me sorprende la naturalidad con la que aceptamos que la memoria precise permisos; me sorprende menos que, en la cola de la memoria, haya siempre alguien con un formulario que exige más datos.

Lo que se cuenta suele ser lo que cabe en un informe: batallas, nombres de batallones, cartas que cruzaron la línea del frente y llegaron a su destino con puntualidad administrativa. Lo que se calla, en cambio, es más doméstico

y, por eso, más peligroso: la rutina de la espera, el olor a pan quemado en una cocina que no sabe si mañana seguirá siendo cocina, la manera en que una madre aprende a medir la comida en silencio para que el hambre no tenga testigos. La literatura que evita esos detalles prefiere la épica porque la épica es fácil de sellar y archivar; los detalles cotidianos, en cambio, exigen empatía y, sobre todo, tiempo para ser escuchados sin prisas.

A veces me imagino una oficina central de la memoria donde un comité decide qué anécdotas merecen pasar a la sección de “lo contado” y cuáles deben permanecer en “lo callado”. En esa oficina hay un archivista que clasifica los recuerdos con una precisión que roza lo religioso: coloca etiquetas, asigna códigos, y, cuando algo no encaja, lo envía a un depósito subterráneo donde los recuerdos se convierten en objetos inertes. El archivero tiene una libreta donde apunta, con letra firme, la fecha en que alguien dejó de preguntar por su padre. Me parece absurdo, pero lo digo con la misma naturalidad con la que uno anota la hora de entrada en un trabajo que no existe.

La ironía es que la literatura que pretende ser valiente a menudo repite los mismos gestos de la administración: solemnidad, protocolos, declaraciones juradas de autenticidad. Se publican libros que prometen “decir la verdad” y, al final, la verdad viene empaquetada en frases hechas, en metáforas aprobadas por un comité de estilo. Yo busco, en cambio, esos pasajes donde la verdad se disfraza de nimiedad: un zapato olvidado en un patio, una carta sin remitente, el sonido de una radio que se apaga de repente. Esos fragmentos son los que resisten la limpieza de los prólogos porque no piden permiso para existir.

Hay, además, una literatura que calla por omisión: la que evita nombrar a los vivos que aún respiran con el nombre de la vergüenza. Es un silencio que no es heroico sino práctico; se calla para no molestar, para no perder subvenciones, para no complicar la vida en un pueblo donde todos comparten la misma panadería y la misma memoria selectiva. Ese silencio es un contrato tácito entre vecinos y editores, entre nietos y editores, entre historiadores y oficinas de archivo. Es un silencio que huele a café rancio y a papeles sin sellar.

No quiero idealizar la confesión literaria como si fuera una terapia gratuita. La literatura también puede ser cómplice: hay novelas que convierten el horror en espectáculo y memorias que se venden como reliquias en mercadillos de la

nostalgia. Pero tampoco quiero caer en la trampa de la denuncia fácil: señalar la complicidad es cómodo cuando se hace desde la distancia, con la seguridad de quien no tiene que volver a la cola del archivo. Prefiero la incomodidad de los detalles, la molestia de las pequeñas verdades que no encajan en los formularios.

Escribir sobre lo que se calla exige, por tanto, una práctica casi clandestina: leer entre líneas, prestar atención a los silencios, anotar las cosas que nadie considera noticia. Es un trabajo de detective doméstico, de oficinista desobediente que deja una nota en el expediente: “Aquí hay algo que no cuadra”. Y luego, con la misma naturalidad con la que uno firma una hoja de reclamaciones, convertir ese “algo” en una frase que resista la limpieza de los prólogos.

Al final, la literatura sobre la Guerra Civil es un mapa con zonas señaladas y otras tachadas. No se trata de descubrir una verdad única —esa es la ilusión de los sellos oficiales— sino de multiplicar las voces hasta que el mapa deje de ser un plano y se convierta en un territorio donde quepan las contradicciones. No espero que la literatura lo arregle todo; no creo en las novelas como máquinas de justicia. Pero sí creo en su capacidad para abrir una puerta que, hasta ahora, muchos han preferido mantener cerrada con llave y con excusas.

Salgo de la librería con un libro bajo el brazo y un formulario en el bolsillo que no recuerdo haber rellenado. En la calle, un hombre vende paraguas que no protegen de la lluvia sino de la memoria: los abre y, en lugar de gotas, caen papeles con nombres que nadie reclama. Me detengo, miro el cielo y pienso que la única manera de leer la Guerra Civil es aceptar que siempre habrá páginas que no se lean y silencios que no se rompan; y que, aun así, seguir leyendo es un acto de resistencia tan absurdo como necesario. Aprender a escuchar los pliegues del mapa me parece, por ahora, una buena forma de empezar.





YO NO VENGO A DECIR UN DISCURSO

Gabriel García Márquez (EDITORIAL MONDADORI - Octubre 2010)

Cuando en 1982 la Academia Sueca concedía el Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez, acababa de publicar dos de sus obras menos emblemáticas (si se me permite el término en el contexto de una producción literaria tan prolífica como brillante en su absoluta totalidad): *Crónica de una muerte anunciada* (1981) y *Viva Sandino* (1982). Es decir, casi dos décadas más tarde de su formidable irrupción en el mundo de las letras con *La hojarasca*, carta de presentación del joven escritor colombiano de 28 años y prólogo de su prematura consagración universal como novelista con la sucesiva publicación de una

♦ Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, **Miguel de los Santos** decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

serie de títulos que en su forma y fondo iban a revolucionar el mundo de las letras castellanas e impulsando definitivamente un nuevo movimiento literario, el “realismo mágico”. Todas ellas inspiradas en los escenarios de su infancia que el autor bautizará definitivamente como Macondo y en la figura patriarcal de su propio abuelo, de nombre José Arcadio Buendía en la ficción, van viendo la luz y construyendo el mito de una saga literaria sin parangón en el siglo XX de las letras castellanas títulos como *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora*, *Los funerales de la mamá grande* y, finalmente, glorioso colofón de su talento incomparable, *Cien años de soledad*, obra cumbre de su prolífica e impecable producción y, me atrevo a decir, de la narrativa hispana contemporánea.

Cómo lector empedernido de la producción literaria en lengua castellana a uno y otro lado del Atlántico desde el Siglo de Oro hasta nuestros días, pasando por la generación del 98 encabezada por Unamuno y Machado y la del 27 de Lorca, Baroja o Valle Inclán, el “realismo mágico” constituye el último gran movimiento novelístico en nuestro idioma alimentado de una a otra orilla del océano por la eclosión de una formidable nómina de autores probablemente irrepetible. Un nuevo hermanamiento entre las dos Españas por obra y gracia de lo que más nos une: el lenguaje común, el castellano. Cortázar, Borges, Cela, Torrente, Roa Bastos, Vargas Llosa, Rulfo, Fuentes, Delibes, Mutis, Asturias, Carpentier, Uslar, Dueñas, Ruiz Zafón, Benedetti... son algunos de los más destacados representantes de este formidable rebrote universal del talento literario. A la cabeza, por su gigantesca dimensión universal, Gabriel García Márquez es, en mi modesta opinión, faro y paradigma de lo que puede considerarse, sin duda alguna, toda una revolución del fondo y la forma en la narrativa en castellano.

Desde la aparición de *La hojarasca* en 1955, como queda dicho, hasta su muerte en 2014, el autor colombiano publicó un total de sesenta y un libros, incluyendo la novela *En agosto nos vemos*, que vería la luz diez años después de su fallecimiento. Es decir, prácticamente un libro por año de su carrera literaria. Resulta curioso el hecho de que, a tan voluminoso trabajo, tan solo doce de sus obras pertenecen a la novelística de ficción, género que le encumbró hasta la cima de la literatura universal. El resto lo componen una serie de rela-

tos de no ficción de gran factura literaria como *Las aventuras de Miguel Littín clandestino* en Chile o *Noticia de un secuestro*; un sinnúmero de cuentos y ensayos y varios testimoniales de sus experiencias personales como *De viaje por los países socialistas* o *Vivir para contarla*; y algunas obras también relacionadas con sus trabajos periodísticos o académicos donde por cierto y tratándose de un género menos proclive a la fantasía e imaginación que suele marcar el paso de toda producción literaria, Márquez es capaz de deleitarnos con esa prosa tan bella como original donde prevalece el “cómo”(lo cuenta) aún por encima del “qué”(nos cuenta). Claro ejemplo es precisamente *Yo no vengo a decir un discurso*, uno de los libros de mi vida que hoy les recomiendo.

En 1944 el joven estudiante Gabriel García Márquez, de 17 años de edad, fue invitado por el claustro de profesores del Liceo de Zipaquirá a pronunciar las palabras de clausura del curso con motivo de la graduación del alumnado. Desde el estrado del Aula Magna, Gabrielito se dirigió así a ellos:

«Generalmente, en todos los actos sociales como este, se designa a una persona para que diga un discurso. Esa persona busca siempre el tema más apropiado y lo desarrolla ante los presentes. Yo no vengo a decir un discurso.»

En 2007, sesenta y tres años después, el escritor Gabriel García Márquez cumplía ochenta años. Con tal motivo fue invitado a impartir una charla en México ante las Academias de la Lengua y los Reyes de España. Entre ambas fechas transcurren los veintidós relatos con los que el Nobel colombiano construyó esta monumental pieza literaria donde recopila sus apariciones públicas en los más selectos foros académicos del mundo. Nunca fueron discursos. Fueron y son la esencia de un talento inigualable al servicio de la narrativa que nos hacen recorrer prácticamente toda su vida desvelándonos sus obsesiones como escritor y ciudadano. Tal y como reza textualmente la contraportada de este libro de apenas 150 páginas: «su fervorosa vocación por la literatura, su pasión por el periodismo, su inquietud ante el desastre ecológico, su propuesta de simplificar la gramática, los problemas de su tierra colombiana o el recuerdo emocionado de amigos escritores como Julio Cortázar o Álvaro Mutis, entre otros muchos». Es el cofre que guarda la llave para abrir y entender el pensamiento y la obra de Gabriel García Márquez.

Americano triste busca familia

Fernando Martín Pescador



Cartel de la película

Familia, dirigida por Fernando León de Aranoa, 1996.

Rental Family (Familia de alquiler), dirigida por Hikari, 2025.

Father Mother Sister Brother, dirigida por Jim Jarmusch, 2025.

Imagino que Fernando León de Aranoa estará contento. La idea que originó su primer largometraje como director, *Familia*, es también el punto de partida para una de las películas estrenadas este viernes en España, *Rental Family*, dirigida por la japonesa Hikari. En este mundo, todo tiene un precio. Y, si no tenemos la familia que queremos, ¿por qué no alquilar una que sea de nuestro agrado? A Fernando León le salió bien. *Familia*, su ópera prima, sigue siendo una de sus mejores películas. En muchos sentidos, la mejor que ha hecho. Tal vez, por todo lo que prometía como película.

Aclaremos que *Rental Family* no se trata de un *remake*. Son dos películas totalmente distintas aunque las dos combinan el humor y el drama con gran maestría. *Familia*, de 1996, con un presupuesto mucho más pequeño, basa casi toda su acción en una casa con un grupo de actores estupendos y se centra más en el personaje que decide contratar una familia de alquiler. *Rental Family*, con un presupuesto mayor (es una coproducción japonesa y estadounidense), es una historia mucho más amable que sale a la calle y nos enseña

la ciudad y el campo de Japón. Es un bonito cuento japonés edulcorado por Hollywood que funciona bien gracias, en mi opinión, al actor protagonista, Brendan Fraser, que interpreta a un actor estadounidense que triunfó en Japón hace siete años con un anuncio de pasta dentífrica y, que, desde entonces, malvive en el país nipón interpretando pequeños papeles en series y anuncios. Al inicio de la película, una empresa que pone familias en alquiler lo contrata para ir a un funeral e interpretar el papel de americano triste.

Brendan Fraser (1968) se dio a conocer con cuatro comedias estupendas en las que hacía de grandullón bonachón un tanto tontorrón: *Encino Man* (*El hombre de California*, 1992), *Airheads* (*Cabezas huecas*, 1994), *George of the Jungle* (*George de la jungla*, 1997) y *Blast from the Past* (*Buscando a Eva*, 1999). Interpretó también varios papeles dramáticos de los que salió bastante bien parado. Se convirtió en una estrella de Hollywood con la trilogía de *La momia* (1999, 2001 y 2008) y con una versión cinematográfica de *Viaje al centro de la tierra* (2008). A partir de ahí, Brendan Fraser desapareció. Desapareció de la faz de la tierra. Tal vez, no quiso volver del centro de la tierra. Cuando volvió a aparecer en 2022 para interpretar a un profesor de escritura online con una obesidad mórbida en *The Whale* (*La ballena*), papel con el que ganó el Óscar a mejor actor, Brendan Fraser ofreció al público unas cuantas explicaciones para su desaparición durante más de una década: su divorcio en 2007, una serie de operaciones quirúrgicas por las que tuvo que pasar debido a las piruetas que se había prestado a hacer en sus películas de acción, la enfermedad y la muerte de su madre... Todo eso le había sumido en una profunda depresión.

Todo eso y algo más. En algunas entrevistas, argumentó que la razón principal para su depresión había sido una terrible experiencia con Phillip Berk, entonces presidente de la Asociación de Prensa Extranjera de Hollywood. Tras un almuerzo en 2003, Berk le agarró del culo. Estamos hablando de Brendan Fraser, un tipo que mide un metro noventa y tres centímetros de alto y casi lo mismo de ancho. Estamos hablando que Phillip Berk nació en 1933 y que cuando esto ocurrió tenía setenta años. Berk confesó en sus memorias de 2014 que, efectivamente, le había dado un pellizco en el culo, pero que estaba bromeando. No quiero tomarme ese hecho a la ligera. Un pellizco en el culo puede ser una broma y ha podido ser, durante muchos años, una fea costum-

bre de ciertas personas con enorme poder. Me horroriza imaginar qué despertó, qué puerta abrió ese pellizco o ese tocamiento de culo en un hombre de un metro noventa y tres de alto y casi lo mismo de ancho. Brendan Fraser es, desde entonces, un americano triste.

Y en *Rental Family*, Brendan Fraser es un actor triste que interpreta a un actor triste que interpreta a un americano triste en un funeral japonés. En Japón. El personaje de Brendan Fraser es contratado como actor para suplir a un novio, a un padre, a un periodista que se comporta como un hijo... El personaje de Brendan Fraser no es padre, ni es marido, ni prácticamente ha sido hijo en su vida. Sin embargo, comienza a actuar como novio, como padre, como hijo... y se da cuenta de que puede ser útil. Se da cuenta de que los que lo contratan lo necesitan tanto como él a ellos. Se da cuenta de que no ha sido ni hijo, ni padre, ni marido, pero puede llegar a serlo. Puede completar y puede completarse.

Y de una historia japonesa amable a la última película del director estadounidense Jim Jarmusch: *Father Mother Sister Brother*, estrenada también este viernes. Creo que pocos españoles necesitan que traduzca el título de la cinta: Padre madre hermana hermano. Otra revisión del concepto de familia y de las relaciones familiares. Mucho menos amable. Unos hijos y unos padres que no tienen nada que decirse. Que se mueven entre la nada, el aburrimiento, la tradición, las convenciones y la apariencias. Unas familias que, al final del día, solo comparten fotos de los hijos cuando eran niños. Jarmusch reduce a las familias a viejas fotografías. Sus miembros son, entre ellos, perfectos desconocidos que bien podrían haber salido de una tienda de alquiler de trajes de esmoquin.



El baúl de las palabras

LIBROS LLENOS DE PALABRAS: ENCICLOPEDIA, DICCIONARIO, MATABURROS, ATLAS Y MAMOTRETO

Juan José Jurado Soto*

En esta ocasión, exploramos cinco términos relacionados con las grandes obras que, en sus páginas, contienen un universo de palabras. Estos imponentes volúmenes despiertan la curiosidad y el peso de la memoria colectiva.

ENCICLOPEDIA

La palabra *enciclopedia* tiene su origen en el griego clásico, de *enkýklios paideía*, formada por: *en* ("en", "dentro"), *kyklos* ("círculo", "general") y *padeía* ("educación", "instrucción"). Por lo tanto, su significado es: "educación circular" o "educación general". Los griegos usaban la frase para referirse a un círculo o colección de conocimientos necesarios que todo griego debería adquirir para tener una buena educación integral. Del griego derivó al término latino *encyclopaedia* y posteriormente evolucionó a las lenguas modernas para designar a un tratado donde se recopila todo el conocimiento humano.

Como vemos, lo que en el antiguo griego se escribía de forma separada, en latín pasó a ser una sola palabra. Se debe a errores de copistas y traducciones latinas del siglo XV el que ambos términos se fusionaran en un solo concepto, el cual terminó siendo adoptado por los humanistas del Renacimiento para titular sus obras. Así, lo que inicialmente aludía a una educación integral de los conocimientos básicos, pasó, en la Época Moderna, a designar la recopilación del saber humano (de manera general o de un campo específico) en grandes obras impresas.

Aunque el término no se usó como tal hasta el siglo XVI, la intención de sistematizar el saber humano ha existido desde la antigüedad, con autores como Aristóteles o Plinio el Viejo, que son considerados los precursores de este género. Pero, aunque con el paso de los años surgieron obras más completas y con un enfoque más investigativo, no fue hasta el siglo XVIII cuando se produjo el gran cambio.

El concepto moderno se consolidó con la *Cyclopaedia* de E. Chambers (Inglaterra, 1728). A partir de la propuesta de traducir esta obra al francés, D. Diderot y J. R. d'Alembert convirtieron el proyecto en una obra monumental y original: la *Encyclopédie*

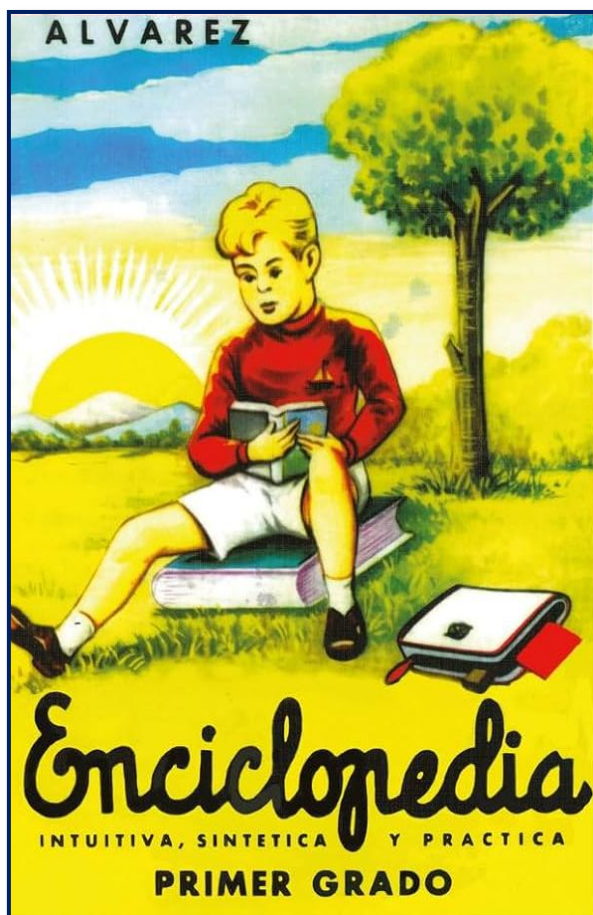
* **Juan José Jurado Soto** es maestro y psicopedagogo. Ha ejercido como funcionario en colegios e institutos públicos de la Comunidad de Madrid. Lleva casi 40 años publicando libros y artículos de temas diversos, gran parte de ellos relacionados con la educación. También ha ilustrado algunas de sus obras y de otros autores.

(1751-1777). Esta obra contó con más de 160 redactores, con pensadores como Voltaire y Rousseau. Adoptó el orden alfabético, lo que resultó ser un tanto subversivo para la época, ya que antepone temas diversos a otros religiosos o monárquicos (la "A" de *artesano* figuraba antes que *Dios* o *Rey*). Una obra que tuvo un gran impacto político al considerarse el motor intelectual que encendió la mecha de la Revolución Francesa.

Actualmente, las grandes enciclopedias han dejado de imprimirse. La *Enciclopedia Británica*, la más antigua en inglés, lo hizo en 2012, con 32 tomos y 244 años de historia. El cambio se debe al dominio de las ediciones digitales y la imposibilidad de competir en velocidad de actualización con plataformas como *Wikipedia*.

Hoy, Wikipedia se considera la enciclopedia más grande jamás escrita en términos de artículos y palabras, con millones de entradas en cientos de idiomas. Ahora bien, la calidad de muchos de sus textos y la elección de los artículos, es muy cuestionada.

La *Enciclopedia Espasa*, que supera los 120 volúmenes y más de 175.000 páginas (edición principal y suplementos), es una de las obras de consulta más extensas impresas en español.



Portada de la *Enciclopedia Escolar* (primer grado) de la editorial Álvarez.

DICCIONARIO

Entendemos por *diccionario* la obra de consulta que recopila, generalmente en orden alfabético, las palabras o expresiones de una lengua o materia específica (diccionario de arte, de medicina, de derecho...), para ofrecer su significado, etimología, ortografía y uso correcto.

La palabra *diccionario* procede del latín tardío, de *dictionarium*; que a su vez deriva de *dictio* ("dicho", "palabra") y la raíz del verbo *dicere* ("decir", "indicar"), con el sufijo *-arium* ("lugar" o "instrumento para una acción"). Así, *dictionarium* significaba originalmente "lugar o colección de palabras".

Los primeros intentos de organizar palabras surgieron en las antiguas civilizaciones (en Mesopotamia o en Grecia). En la Edad Media, el término *dictionarium* fue introducido por John de Garland, alrededor del año 1220, para referirse a obras de ayuda a la dicción latina, reemplazando otras palabras usadas hasta entonces: *glossarium* ("glosario") y *vocabularium* ("vocabulario").

En la Edad Moderna se estableció el uso del *diccionario* como el repertorio alfabético de palabras que conocemos hoy. En la lengua española son obras clave: *Tesoro de la lengua castellana, o española* de Covarrubias (1611) y, posteriormente, el *Diccionario de Autoridades* (1726 -1739), primero de la *Real Academia Española* (fundada en 1713), origen del Diccionario de la lengua española (DLE), que conocemos hoy y que se inició con la edición de 1780. Esta obra, en su 23ª edición de 2014, fue un hito en el Tricentenario de la RAE, con más de 93.000 entradas y una publicación en un solo tomo, con actualizaciones desde entonces, dando muestras de que se trata de un libro vivo y de referencia a lo largo de sus casi tres siglos de existencia.

Curiosamente, hay quienes aseguran que la palabra *diccionario* es la menos buscada en estos libros de consulta, ya que quien no sabe lo que es un diccionario, no puede buscarla en ellos y quién ya lo sabe, no tiene necesidad de buscarla.

Se cuenta que un joven aspirante a escritor le preguntó al francés André Gide, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1947, qué libros debía leer para formarse en el oficio de literato. La respuesta fue sencilla y clara: "Lee diccionarios". Un consejo que enfatiza la importancia del dominio del lenguaje y la precisión léxica como base esencial para cualquier labor literaria. Esta anécdota también podemos escucharla o leerla teniendo como protagonista al escritor argentino Jorge Luis Borges.

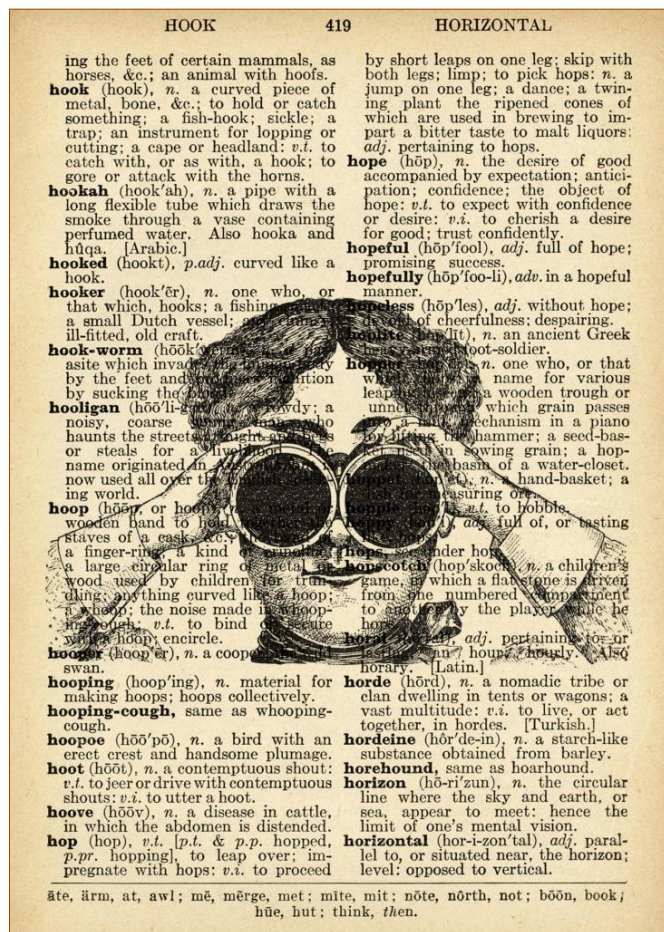


Ilustración de una mujer mirando con binoculares con el fondo de una página de un antiguo diccionario. Dominio Público.
<https://www.publicdomainpictures.net/es/view-image.php?image=498768&picture=pagina-del-diccionario-vintage-steampunk>

MATABURROS

La palabra *mataburros* es un término, aceptado con un tono festivo por la *Real Academia Española* (RAE), que es usado en varios países de América Latina, para referirse al *diccionario*.

La etimología parece tan clara como divertida. De manera coloquial y figurativamente, se llama *burro* a una persona poco instruida. Por lo tanto, el *mataburros* es ese libro que acaba con la ignorancia de quien lo usa.



Un futuro científico - El capó del asno (orejas de burro) de Jean Geoffroy (1880).
Dominio público, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=85753818>

ATLAS

Conocemos como *atlas* a una colección de mapas geográficos, históricos, de una obra literaria..., que se presenta en un libro, generalmente de gran tamaño y con un índice de localización detallado.

La palabra *atlas*, del griego *Atlantis*, se relaciona con la mitología griega y proviene del personaje *Atlas*, que se traduce como "el que soporta" o "muy resistente". *Atlas* era un fuerte y sabio Titán condenado por Zeus a cargar sobre sus hombros por la eternidad la bóveda celeste (o el mundo en versiones posteriores) como castigo tras perder la guerra de los Titanes contra los dioses olímpicos.

Se debe al cartógrafo Gerardus Mercator el uso de esta palabra para las colecciones de mapas, porque solía dibujarse en la portada de estos libros la imagen del referido Titán sosteniendo la esfera terrestre. Aunque Mercator utilizó por primera vez el

término *Atlas* en 1595, no se refería inicialmente al Titán; en el prólogo de su obra, explicó que le dio ese nombre en honor del sabio astrónomo y filósofo *Rey Atlas* de Mauritania, que creó el primer globo celeste. Con el tiempo, la figura del rey mauritano y la del Titán mitológico se fusionaron en la cultura popular, prevaleciendo la imagen del gigante sosteniendo el mundo, según figuraba en los Atlas modernos.

Las montañas del norte de África se llaman *Atlas*, por el Titán griego, ya que, según la mitología, estando en esa región fue petrificado por Perseo en forma de cordillera.

También, en anatomía, se denomina *atlas* a la primera vértebra cervical, porque es la encargada de sostener el cráneo (la cabeza), imitando la labor del Titán que sostiene el mundo.



Imagen de la portada del *Atlas Geográfico Universal y de España*. Francisco Condeminas – Luis Visintin. Agostini, Madrid, 1935

MAMOTRETO

El término *mamotreto* proviene del griego y significa literalmente "criado por su abuela", ya que se atribuye a las abuelas el criar niños con exceso de peso. La palabra evolucionó para describir algo *gordo* o *abultado*.

Actualmente, entre otros significados, se utiliza *mamotreto*, de manera coloquial, para designar a los libros de gran tamaño, especialmente si son irregulares o de un formato fuera de lo común, difíciles de manejar y algo “pesados”, a veces en el amplio sentido de la palabra. Entre sus sinónimos más comunes destacan términos como tocho y libraco.

Los *mamotretos* son obras literarias ambiciosas, voluminosas, densas y a menudo estructuralmente complejas, tanto por su extensión como por su contenido. Suelen tener mucha profundidad en cuanto a intriga, personajes y tramas que se entrelazan a lo largo de sus numerosas páginas, requiriendo del lector una inversión de tiempo y atención.

Estos libros tan grandes son extensas obras literarias, como la novela *Guerra y Paz* de Tolstoi que, según la edición, puede tener entre 1200 y casi 2000 páginas. Pero también pueden ser el conjunto de varias obras o partes, como es el caso de antologías de autores diversos o de trilogías, a menudo publicados en un solo volumen, en ediciones cuidadas y especiales, como es el caso de *El Señor de los Anillos* de Tolkien.

La novela del Renacimiento español *La Lozana Andaluza* de Francisco Delicado, divide sus capítulos en *mamotretos*, refiriéndoles a las diferentes partes de la historia, cada una densa en sí misma.



El libro ilustrado (1906). Jessie Willcox Smith. Dominio Público.
https://risdmuseum.org/art-design/collection/picture-book-09010#content_section-use-1460201

Agenda 2025–2026



Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – La luz de tu querer

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre –CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

Primavera 2026 –

PRESENCIA Y OTROS POEMAS DE JOSÉ EMILIO PACHECO

Tomás Lozano en concierto

Fotografías de Julián Villar

Portada: Un dedo de frente.
Página 3: Subida de azúcar.
Página 4: A mi bola.
Página 6: 29 segundos antes de tirar al monte.
Página 7: Perséfone fuma.
Página 11: La mirada del búho.
Página 12: Pospondremos el apocalipsis.
Página 17: Fin de semana en París.
Página 19: Prótesis para la capa de ozono.
Página 20: Ha nacido una estrella.
Página 22: Posibles vías de escape.
Página 25: Siempre estás allí.
Página 26: Mantis religiosa.
Página 27: Sangre en las paredes.
Página 30: Gorilas en la niebla.
Página 32: A la salida de Parque Jurásico.
Página 33: En tus manos.
Página 34: Alta tensión en baja tensión.
Página 35: Lo que pudimos ser.
Página 45: Testigos de un crimen.
Página 46: Recojan el prado después de correr por él.
Página 63: Estaba yo allá en la playa.
Página 64: Lo que queda por nacer.
Página 65: Patera.
Página 70: Huella encubierta.
Página 75: Sol naciente.
Página 78: Atado a la pared.
Página 79: La sombra de Gabo.
Página 84: The Velvet Underground and Nikon
Página 92: Entretenedme.
Página 93: Hangar de hongos

